

Año I

31 de Octubre de 1914

Núm. 44

# La Esfera



ILUSTRACIÓN MUNDIAL



LORD KITCHENER

DIBUJO DE GAMORAL

Ministro de la Guerra del Reino Unido, cuyas grandes dotes organizadoras fueron acreditadas en numerosas campañas coloniales



Fotografía de las ruinas de Longwy (Bélgica) tomada desde la barquilla de un zeppelin, y que muestra la total destrucción de la ciudad

## DE LA VIDA QUE PASA

# EL PORVENIR DE LA BARBARIE

SE ha supuesto que la civilización es incompatible con la barbarie y que, con el andar del tiempo, el progreso moral puede desalojar de nuestro espíritu hasta los más hondos gérmenes de crueldad. Ese error, hijo de nuestro optimismo, explica la extrañeza con que nos enteramos de los vandalismos que acompañan a la guerra. Aunque padezca nuestro orgullo, resignémonos a confesar que la genealogía animal del hombre no se desmiente con el transcurso de los siglos. El progreso moral de los seres es puramente epidérmico. No traspasa la piel. Por dentro seguimos permaneciendo fieles al recuerdo de nuestro hermano el *phithecanthropus erectus*, cuyos venerables despojos ha descubierto la ciencia en la isla de Java. Dios, que es todo sabiduría, nos ha confinado en esa humilde condición, hasta que advierta que somos dignos de ascender a más elevada categoría. ¿Quién de los ejércitos beligerantes supera a los demás en crueldad? Las recriminaciones en este terreno son recíprocas. Los franceses llaman bárbaros a los alemanes, y éstos dicen de sus adversarios que son unos salvajes. Los aliados sostienen que luchan por el predominio del derecho en el mundo, y sus enemigos se ufanan de ser los campeones de la civilización. Entre tanto, y mientras se aclara ese punto, la artillería demuele las ciudades, la metralla arrasa los campos, y el fuego de la fusilería facilita la emigración de millares de hombres a la eternidad. En el Congreso Internacional de La Haya han estipulado de antemano los pueblos los procedimientos adecuados para matarse. El cañón, la ametralladora, el torpedo, el fusil, la bayoneta, el sable y la lanza, son armas lícitas, y en cierto modo, humanitarias. Esos medios de destrucción son, por decirlo así, legales. Así, pues, todas las gentes que sucumban destrozadas por la artillería y los fusiles de diversos sistemas, tienen derecho a pensar que ha muerto dentro de los límites de la civilización. Ahora bien, aquellos que cayeron en el campo de batalla, con las entrañas astilladas por ciertas combinaciones explosivas de un proyectil que no es de uso vulgar, pueden quejarse, con razón, de que los ha matado la barbarie del prójimo. Esta distinción entre procedimiento y procedimiento, es de la

mayor importancia para el honor de la humanidad. Por eso, las embajadas de los países beligerantes insisten en ella tan a menudo. El único elemento neutral en estas luchas es la tierra madre que recibe piadosamente a todos, sin interrogarles sobre la licitud de su muerte.

Diga lo que quiera el ateísmo contemporáneo, Dios no está ausente de la historia, ni se desentiende de nuestro destino. Todo el horror a que estamos asistiendo no es ajeno a su divina voluntad. El cielo, que sigue de cerca nuestros pasos, quiere enterarse, de tarde en tarde, de cómo andamos de salvajismo, y para saberlo suscita motivos de discordia entre los pueblos. La contabilidad providencial requiere esas experiencias. Si las rivalidades colectivas son resueltas por un arbitraje de justicia, es que la humanidad, purgándose lentamente del salvajismo original, se acerca a Dios. Si por el contrario los hombres recurren a las armas para dirimir sus diferencias, ello quiere decir que proceden de espaldas al cielo. ¿Qué saldo arrojará a estas horas, en nuestro favor, la contabilidad del Padre Eterno? No es difícil adivinarlo.

He visto, con estupor, estos días, que ciertos escritores culpan a la Providencia de la conflagración europea. Se ha llegado a aventurar la heregía de que el mundo no tiene sentido, de que estamos gobernados por el azar y de que en este caos de crueldades no se hace visible la intención divina.

Millares de corazones, en plena aflicción, se tornan a lo alto para interrogar con angustia ¿por qué tanta barbarie y tanto dolor? ¿Qué finalidad trascendental se cumple vertiendo tanta sangre, aniquilando las ciudades y arrasando los campos? ¿Qué delito espía la humanidad tan cruelmente?

En ese trance, el silencio de Dios hace vacilar la fe de los creyentes. La impenetrable indiferencia celestial les irrita, precipitándolos a veces en la blasfemia.

Todo reproche a la divinidad es injusto; toda protesta, ofensiva. No. El cielo es irresponsable de esos horrores que nuestro sentimentalismo circunstancial quisiera ver proscritos del mundo. Suponer a Dios cómplice de nuestra brutalidad por abstención intervencionista, es ignorar

su grandeza; es rebajarle hasta nuestra mísera condición, creyéndole capaz de asociarse a nuestros mezquinos planes.

Olvidamos que el primer don que nos ha hecho es el de la libertad. Cada uno de nosotros puede ser dueño de su destino mediante una obra de emancipación espiritual. El radio de nuestra vida sujeto a la fatalidad determinista es muy limitado. La mayor parte del territorio espiritual nos pertenece, por derecho de conquista. Si vencemos, a costa de los sacrificios necesarios, la bárbara floración de los instintos ancestrales, habremos transformado ese territorio en un paraíso. Si por el contrario, dejamos que la vegetación perversa acabe de invadirlo, seremos los habitantes de un infierno. Todo está en saber si la humanidad es capaz de incubar ideales más altos que los presentes. Todo está en saber si nuestro espíritu puede desplazar de sus dominios la barbarie, el egoísmo desenfrenado, el foco, en fin, de nuestras pasiones negativas. Actualmente nada autoriza a esperar que el hombre renuncie al uso y abuso de esos resortes de poder. Aunque tardíamente, la humanidad cuida de demostrar que es digna de su brutal pasado. Ahora las guerras son menos frecuentes, pero son más atroces y más terribles. El progreso, extendiéndose a todo, ha alcanzado también al instinto de destrucción del hombre, depurándolo y refinándolo.

No conviene desconfiar, sin embargo, del porvenir, de un remoto porvenir, naturalmente, que pertenece a Dios.

Es probable que cuando la divinidad que ahora asiste impasible al espectáculo de nuestro salvajismo, advierta la impotencia humana para alcanzar la perfección, se decida a intervenir en el gobierno del mundo, declarando a los hombres en perpetua tutela. Y, entonces, nada tendría de particular que el cielo optase por uno de estos dos sistemas: o extirpar del hombre todo lo que actualmente le degrada, lo cual equivaldría a divinizarlo, o destruir con un gesto el mundo, como el ensayo malogrado de una obra que no vale la pena de que perdure eternamente.

Cualquiera de los dos sistemas será la redención de la humanidad.

MANUEL BUENO

## VISIONES DE LA GUERRA

## EL CABALLO DE ATILA

En cañón se transforma, de repente, el arado;  
la metralla derriba reliquias venerables  
—monumentos artísticos, de un glorioso pasado—  
y en las ciudades entran las hordas implacables.  
Se pierden en los campos las fértiles cosechas;  
los pensiles se mueren de nostalgia de riego;  
resquebrajan los muros de los templos las brechas,  
y no encuentran las aves, para cantar, sosiego.  
Desolación y ruina, orfandad y miseria;  
en hospital de sangre conviértese el museo:  
todo es dolor y lágrimas, confusión y laceria,  
incendio, asesinatos, violaciones, saqueo...  
y al blando tintineo de la vacuna esquila  
el relincho sucede del caballo de Atila.

## A ORILLAS DEL RIO

A la orilla de un río arrastrándose llegan  
dos soldados heridos: beben ávidamente;  
uno, rota la mano, rota el otro la frente,  
y después a una charla candorosa se entregan.  
—Yo vengo de Siberia—dice el uno—, me dieron  
este fusil. «Pelea del Zar por la grandeza»  
me ordenaron, sopena de perder la cabeza.  
—A mí por Alemania, por el Kaiser me hirieron.  
—En mi aldea, allá lejos, al Zar yo no ví nunca.  
—Y yo tampoco al Kaiser. ¡Miserable labriego,  
ya para nada sirvo con esta mano trunca!  
—Yo, pobre campesino, sólo aspiro al descanso...  
y del campo en el dulce vespéral sosiego,  
sigue corriendo el río indiferente y manso...

## CUADRO DE LA GUERRA

Las frutas amarillas de los árboles cuelgan;  
el oro de los trigos llamea en la llanura;  
los arados las tierras estériles no amelgan,  
y cual torrente invade los valles la espesura.  
Los barcos en la orilla del río cabecean,  
el velamen plegado, los remos inactivos;  
las chozas solitarias al despertar no humean.  
Mundo más bien parece de muertos que de vivos.  
Su curva planifera de tarde en tarde el gallo  
sobre el paisaje alarga, cual soñolienta cinta;  
no se ve por los campos ni un hombre ni un caballo.  
¡Es la guerra, es la guerra! Mientras todo solloza,  
bajo una luna en olas de sangre humana tinta,  
el hombre en fratricida tragedia se destroza.

## LEYENDO LAS BAJAS

El campo solitario, muda la aldea;  
ni un pájaro en el bosque; de cuando en cuando  
alguna golondrina que zigzaguea,  
la tierra con sus alas raudas rozando.  
¡Qué silencio, qué calma! ¡Ni un Camposanto!  
En la guerra los hombres se despedazan  
y la mujer derrama copioso llanto,  
pensando en las angustias que la amenazan.  
De una misera choza sale a la puerta  
y se sienta en el quicio la labradora;  
su cara más que viva parece muerta...  
Está leyendo—el ojo, siniestro y fijo—  
las bajas en un diario. De pronto llora...  
¡Tal vez entre esas bajas está su hijo!

## LA RETIRADA

Por los campos que el fuego dejó sin una brizna,  
por los campos en lágrimas, por los campos desiertos,  
que rembranesco el humo de la pólvora aún tizna,  
en trágicas posturas se derraman los muertos.  
El río tiene coágulos de sangre; en el cielo  
surgen nubes que en hoscos girones se deshacen;  
corren despavoridos los caballos en pelo  
y los fusiles mudos junto a los muertos yacen.  
La bandera en harapos, mugriento el uniforme,  
el zapato hecho trizas, roma la bayoneta,  
va el ejército exánime, cabizbajo, conforma,  
por el peso abrumado de dolores acerbos,  
y sembrando su paso, como negro cometa,  
una curva se alarga de silenciosos cuervos...

EMILIO BOBADILLA  
(Fray Candil)





## LOS CEMENTERIOS VIEJOS

NINGÚN paraje posee una melancolía más honda, ni una tristeza más grande, que la de estos viejos camposantos cuya desaparición es inmediata. Entre sus patios silenciosos y abandonados, alzanse, olvidados ya por las familias que alzaron los funerarios monumentos, hermosos panteones que mañana serán deshechos como las humildes galerías de los nichos. Y todo lo que hay allí, lo de fuera como lo de dentro, será ceniza y polvo.

Parece como si la fatídica trompeta del juicio final hubiese ya sonado para los muertos que en aquellos recintos reposaban. Uno de esos venerables cementerios madrileños, acaso el más interesante de todos, perdióse ya recientemente y su terreno, arrasado, no es más que un solar yermo en la calle de Méndez Alvaro. Esos vetustos lugares de reposo, donde duermen las generaciones que lucharon por la renovación española durante la primera mitad del siglo XIX, debieron ser dos veces sagrados para nosotros. No existe una verdadera razón que pudiera impedir a demolerlos. París, la ciudad a la cual no es de suponer que pensemos en dar lecciones de cultura pública y de perfecta urbanización, conserva amorosamente entre sus calles los viejos cementerios.

Ya no existe aquel cementerio de San Nicolás, que era como un pedazo de nuestra historia. En su patio primero, unos altos cipreses escondían una capilla gótica que recordaba todo el gusto romántico. Dijérase que allí iban a representarse cualquier noche a la luz de la luna, escenas de *El Trovador*. Y en verdad, que tal escenario guardaba una insigne efeméride de la historia de nuestra poesía. Allí fué donde ante la recién abierta tumba de Larra, nació José Zorrilla al vivir de la fama y de la gloria. Cinco años después, la misma muchedumbre que había acompañado a «Fígaro», acudía a dejar en un nicho muy próximo al de Larra, el cuerpo de Espronceda.

En el último patio de aquel camposanto se alzaba un panteón severo, que era la historia de la libertad española. He aquí los nombres que se leían en su friso: Mendizábal, Argüelles, Calatrava, Muñoz Torrero y Olózaga. Menos mal que los restos de estos hombres se han salvado, así como los de Espronceda y Larra. El gran actor Carlos Latorre, intérprete admirable de las creaciones románticas, que yacía también en San Nicolás, fué recordado a tiempo y sus cenizas fueron también libradas de una ominosa desaparición.

Lleno estaba de nombres preclaros el cementerio aquel. Y entre ellos, será en verdad imperdonable que Madrid no haya honrado debidamente los del marqués de Pontejos y de don Fermín Caballero, a quienes debía tanto. Caballero, el gran escritor y geógrafo, alcalde de Madrid y ministro de la Gobernación, autor de trascendentes reformas, era una gloria española en las ciencias y en las letras, donde como costumbrista puede figurar al lado de Larra, de Mesonero, de El Solitario y de Antonio Flores.

Consérvase, en cambio, el cementerio de San Sebastián, contiguo al derruido, y que si hubiese sido derruido en vez del otro no se hubiera perdido tanto. Un patio de una desolación dantesca ofrécese primero a la vista del visitante. Entrase luego al camposanto por otro más alegre con la fronda de unos árboles tupidos, y el rumor del agua regadora de unas flores. Los dos cuerpos históricos que en su recinto se guardaban, el general Serrano y Martínez de la Rosa, se hallan

ahora el uno en los Jerónimos y el otro en Atocha. Otros dos nombres famosos quedan allí, famosos por su arte, célebres porque supieron hacer reír: la Jerónima Llorente y Guzmán. Aquella cómica y aquel histrión extraordinarios, que eran como la mueca de la ironía, en medio de las amarguras y de los horrores del reinado de Fernando VII.

El prosaico emplazamiento de la estación general de tranvías, ha sustituido al cementerio general del Norte ó de la puerta de Fuencarral, que era el nombre con que se le designaba en su tiempo, y para dolor más grande ha desaparecido aquella tumba aislada que se alzaba tras de sus tapias, con muro y puerta independientes, y

encerrado entre los muros lúgubres poblados de nichos. Hartzbusch y Bretón de los Herreros que reposaban allí, han sido trasladados a tumba más segura. Pero aún quedan en tal recinto hombres como aquel genio de la elocuencia, don Antonio Alcalá Galiano y el hijo espiritual de Goya, el chispero melancólico y genial, gloria de Madrid y de la pintura española, Leonardo Alenza.

El inmediato cementerio de la Patriarcal, parece que ha pasado por una gran catástrofe, que ha padecido un cataclismo geológico ó ha sido campo de tremenda batalla. Algunas de sus galerías, arrumbadas y cuarteadas con enormes resquebrajaduras. Removida la tierra y rotos los sarcófagos. En sus tumbas se lee sin embargo: «¡Descanse en paz!» ó ésta otra inscripción de no menos ironía y amargura: «Aquí reposa eternamente.»

Y en aquellos nichos y mausoleos, hay nombres como los de Gaztambide y Esclava, como Quintana, el poeta coronado, y como el general San Miguel, autor de la letra del *Himno de Riego*, caudillo popular, ídolo de las muchedumbres.

El más bello, sin duda, de todos los cementerios clausurados, y cuya demolición no ha de hacerse esperar tampoco, es el de San Martín, que ostenta la elegancia de la columnata de su peristilo, sobre el fondo hermosísimo de su ciprada. Tumbas de próceres guardan la entrada del cimiterio umbrío. Allí la del general Tacón, el conde de Quinto, el duque de Sevillano y otra que ostenta un prestigio casi legendario, la del marqués de Viluma, penúltimo virrey del Perú.

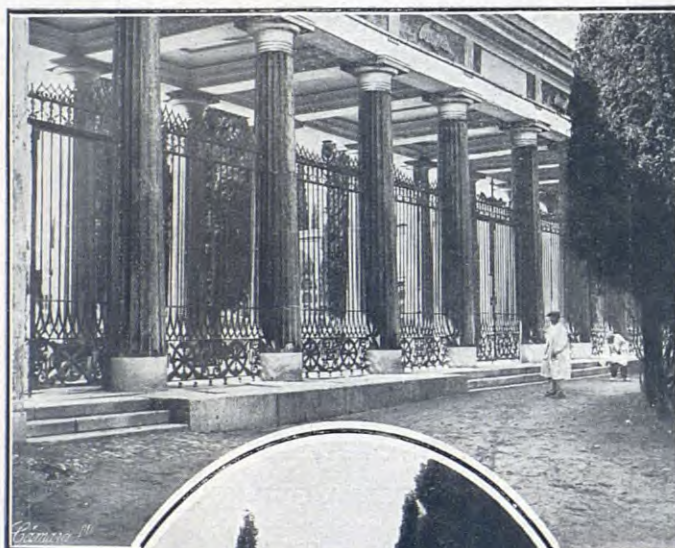
Eduardo Rosales, el gran pintor, fué llevado de este cementerio al panteón de hombres ilustres, en San Justo, al tiempo mismo que Espronceda y Larra. Pero

entre los que quedan en San Martín, hay dos que no podrán olvidar los madrileños, ni consentir que desaparezcan en ignominioso abandono. Antonio Flores, el autor de *Ayer, hoy y mañana*, y de tantos admirables cuadros de costumbres, y Angel Fernández de los Ríos, que tanto trabajó por Madrid, merecen ser salvados y también con ellos el malogrado poeta Francisco Cea y el ingenioso costumbrista Antonio María Segovia (El Estudiante).

Otro cementerio clausurado existe al lado de los que se hallan en las afueras del Puente de Toledo. El General del Sur, donde enterraron a Rita Luna, y donde por cierto se han perdido sus restos. Pero no se podrá dejar terminada una referencia a estas abandonadas mansiones, cuya paz está tan próxima a turbarse, sin recordar el camposanto de los fusilados de la Montaña del Príncipe Pío, que pone una nota de intensa poesía en aquel paisaje profanado por los depósitos de carbón y el humo de las locomotoras de la Estación del Norte.

También pesa un doloroso amago sobre este breve y glorioso recinto, cuya extensión de terreno, no es para resolver el problema de una gran construcción. Pero como los otros antes citados, y cuya desaparición (salvo el de la Patriarcal, ya de por sí deshecho), no era indispensable, desaparecerá éste también. Porque para nuestra desgracia, en la mayor parte de cuanto aquí se intenta sobre la ciudad con pretexto de progreso material ó de público ornato, suele notarse una gran falta de sentimiento y de buen gusto, y aun lo que es peor, una lamentable ausencia de sentido común.

PEDRO DE RÉPIDE



Pórtico de entrada y una de las avenidas del Cementerio de San Martín, de Madrid. FOTS. SALAZAR

guardada por cuatro altísimos cipreses, que parecían como centinelas de aquella sepultura heroica. Porque allí dormía el marqués de San Simón, que defendió precisamente aquella parte norte de Madrid, contra las tropas de Bonaparte.

Más allá, encuéntranse juntos los cementerios de San Luis y de la Patriarcal. Dícese que el primero era antes de su clausura un hermoso jardín, que ocultaba con sus arboledas la vista de las fúnebres galerías. Hoy es un paraje desolado

# LA MARINA DE GUERRA LOS CAÑONES DE LAS ESCUADRAS

ESTRATEGIA y astucia son una misma cosa; no en vano sospechó el general Von Clausewitz que etimológicamente tenían las mismas raíces, pues ambas suponen un propósito oculto, contrapuesto á la manera de obrar directa y llana; y astucia y estrategia siguen íntimamente ligadas, á pesar de los cambios reales y aparentes que la íntima conexión de la guerra ha sufrido desde los tiempos de Grecia.

Mayor coeficiente de astucia cabe suponer en el submarino, que cubriéndose con las ondas salobres del Océano, busca, para herirlo, al barco enemigo que atalaya su vigilante periscopio, que en el potente y gigantesco *dreadnought*, que avanza majestuoso, desafiando con su arrogancia los marítimos titanes del contrario.

¿Sucumbirá el *dreadnought*? ¿Vencerá al sumergible? Aún es pronto para comprobar la predicción de Sir Percy Scott, mas por nuestra parte lo hemos dado por cierto, modificando en tal sentido el proyecto de segunda escuadra; confirmando así el corolario, antes que el teorema: intuición latina.

Prudentes están las escuadras, que no es cosa de desequilibrar fuerzas y de poner en riesgo tantos millones flotantes, para satisfacer pueriles anhelos de los que ansían emociones fuertes, y en su prudencia está su misión que no es otra que proteger al comercio propio, evitando el del enemigo.

La intrepidez, y con ella la audacia, son patrimonio de débiles.

Está comprobado que los héroes de Satsuma fueron la velocidad, como complemento de la maniobra, y el cañón de calibre medio, y esto, no obstante la técnica náutica, demuestra que el cañón de calibre medio no se puede emplear como núcleo principal de combate. Son cañones de gran calibre: los de 19, 20, 24, 27, 30 y 34 centímetros de diámetro en la boca, de la marina francesa; de 30'5 y 35, en la inglesa; de 28, en la alemana, y de 30'5 y 25, en la japonesa. Misión de estos cañones monstruos es perforar las corazas de los barcos enemigos.

La artillería media tiene por objetivo destruir las superestructuras: chimeneas, mástiles y pasarelas, y prender fuego en el maderamen de los buques.

Se realiza la destructora misión de referencia con piezas de 16, 14, 12 y 10 centímetros, colocadas en casamatas ó en reductos.

La artillería ligera está destinada á proteger los navíos contra los ataques de torpederos y submarinos, y van colocadas las piezas, respectivas, sobre cubierta, en las bordas, en los puentes, ó en las cofas. Sus calibres son de 57, 47 ó 65 milímetros.

Tres son los criterios predominantes respecto

á calibres: el gran calibre único patrocinado por Inglaterra y los Estados Unidos; el calibre único, pero más reducido, adoptado por Alemania, y el gran calibre vario, criterio muy generalizado entre las potencias marítimas.

Los acorazados más modernos no poseen más que un calibre de artillería gruesa, otro de artillería media y cuatro de artillería ligera.

Los barcos llevan, además, á bordo piezas de desembarco, montadas sobre cureñas de ruedas. Estas piezas son de 65 milímetros de calibre.

Inglaterra ha desembarcado en la costa del Continente gran número de cañones de la artillería media de sus barcos, para oponerse al avance germano en la frontera franco-belga.

Las piezas marítimas emplean el proyectil hueco que encierra un potente explosivo destinado á hacerlo estallar. Estos proyectiles son de tres

clases: perforantes, para romper los blindajes de los acorazados; semi-perforantes, cargados de melinita, que estallan por el choque al perforar la coraza débil de barcos protegidos; bajo la acción de la melinita el proyectil se fragmenta en multitud de trozos que son proyectados en todas direcciones, proyectiles de balines shrapnels, cargados con pólvora negra y con espoleta en la punta para graduar el momento de la explosión.

Para los proyectiles de los cañones de 10, 12 y 14 centímetros, la carga va colocada en una envuelta de cobre; para los de grueso calibre se sirve de paquetes de pólvora.

El peso del proyectil es de 440 kilogramos en los cañones de 30; 216 en los de 27; 144 en los de 24; 75 en los de 19; la pólvora pesa en cada uno de ellos, respectivamente, 120, 52, 50 y 20 kilogramos; y las velocidades iniciales de los proyectiles, al salir de la boca del arma, son en cada uno de los referidos: 900 metros, 815, 800 y 815. Cada pieza suele disponer, á bordo, de 50 cargas.

El cañón gigantesco de 34 centímetros, tiene una longitud de 15 metros, un peso de 65.000 kilogramos; emplea un proyectil de 80 centímetros de altura y 480 kilogramos de peso.

En estos cañones, como en los ya famosos morteros terrestres de 42 centímetros, del ejército germano, se precisan apuntadores excelentes y prácticos, por el coste enorme de cada disparo, que se calcula en 5.250 pesetas. Estos cañones de grueso calibre tienen, además, una vida muy limitada. Se calcula en 200 disparos de combate el máximo de los que puede efectuar una pieza de calibre medio, reduciéndose este límite á medida que el calibre crece: 166 en los de 75; 120 en los de 20; 100 en los de 24; 85 en los de 50, y 75 en los de 34.

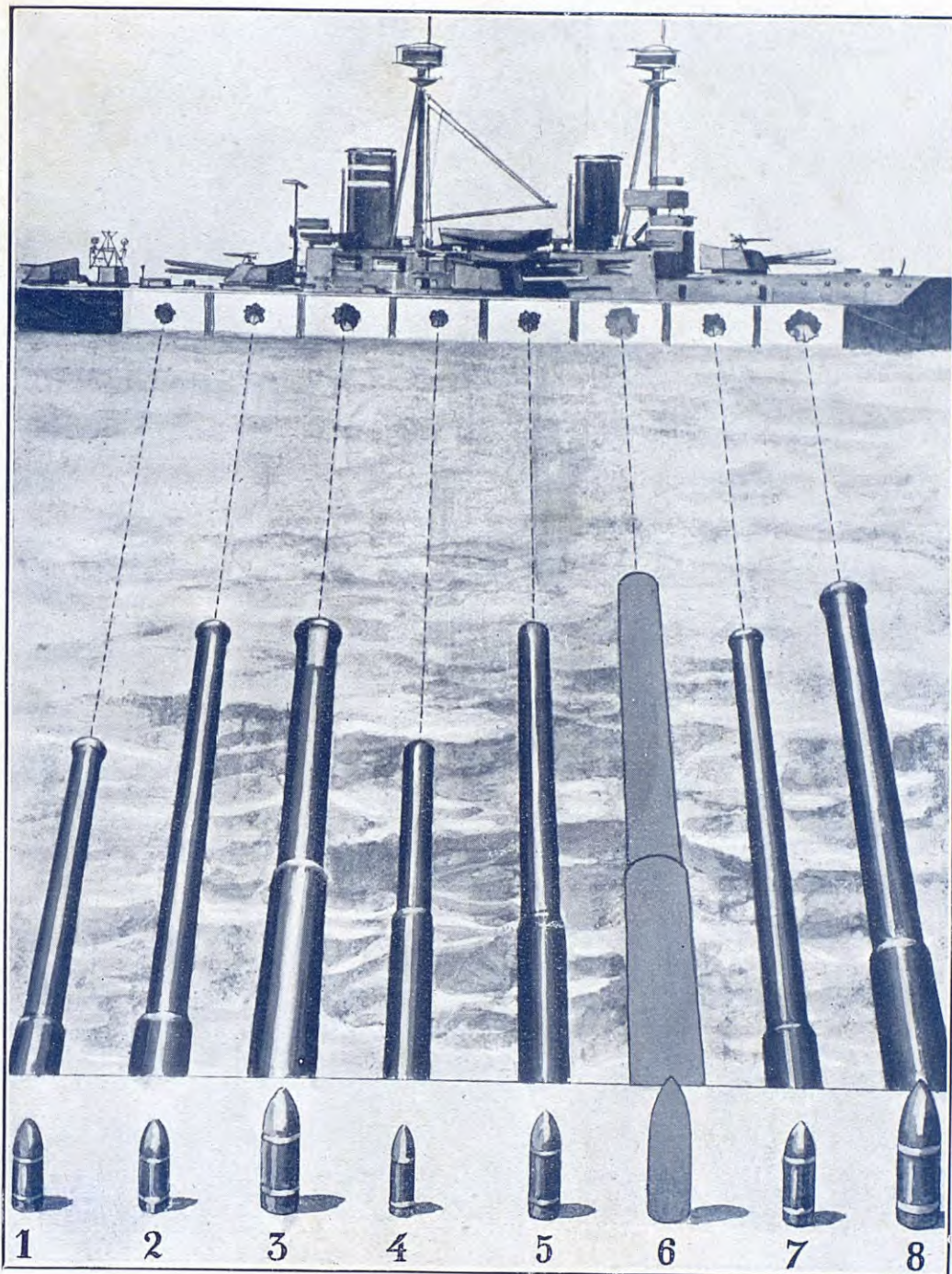
La velocidad de fuego es de 2 disparos por minuto en las grandes piezas; 4 en los de 16 centímetros; 6 en los de 14; 8 en los de 10, y 15 en los de pequeño calibre.

El cañón de 28 centímetros de la marina germana, tiene una longitud de 40 calibres; su proyectil pesa 240 kilogramos y la velocidad inicial en la boca del arma es de 870 metros.

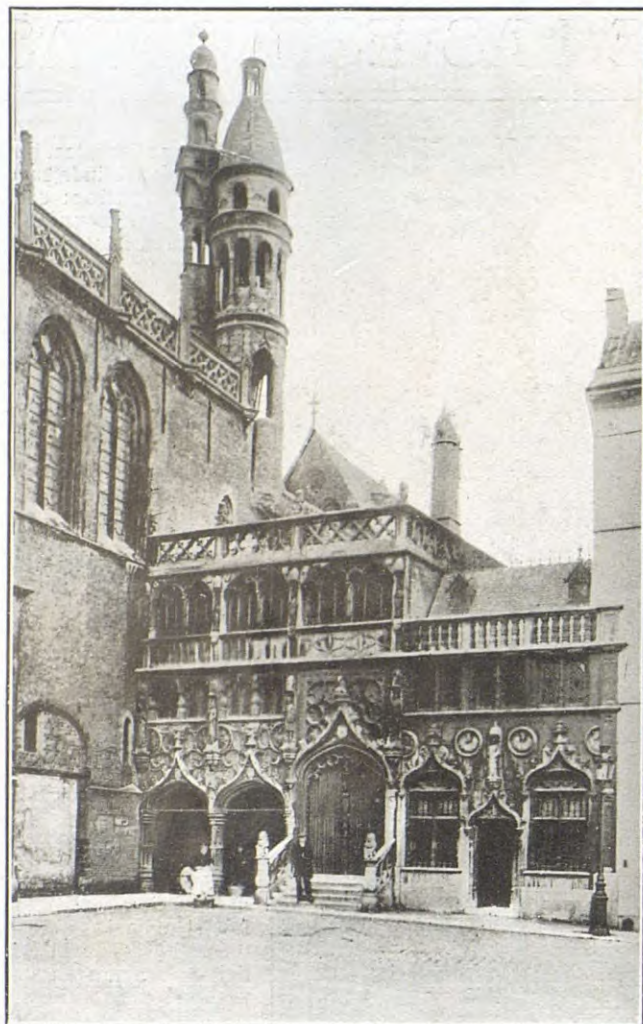
El alcance máximo de estos cañones, y en general de los de gran calibre, es de 15 kilómetros.

Las exorbitantes cifras que señalan los efectos destructores de estas enormes máquinas de guerra y que dan norma del coste asombroso de un acorazado, valuado en 76 millones de pesetas, y el de cada disparo, ya referido, explican las causas de que la campaña esté para entrar en el cuarto mes de su duración y no hayan chocado entre sí los grandes monstruos de acero.

CAPITÁN FONTIBRE



Núm. 1.—INGLES. Modelo 1905-7. Calibre, 30 cm. Peso del proyectil, 440 kg. Velocidad inicial, 900 metros. Perfora 28 cm. de acero Krupp, á 3.000 metros.—Núm. 2.—INGLES. Modelo 1909-10. Calibre, 30 cm. Peso del proyectil, 440 kg. Velocidad inicial, 900 metros. Perfora 22 cm. de acero Krupp, á 10.000 metros.—Núm. 3.—INGLES. Modelo 1910. Calibre, 35 cm. Peso del proyectil, 566 kg. Velocidad inicial, 900 metros. Perfora 27 cm. de acero Krupp, á 3.000 metros.—Núm. 4.—ALEMAN. Modelo Krupp 1910. Calibre, 27 cm. Peso del proyectil, 344 kg. Velocidad inicial, 815 metros. Perfora 21 cm. de acero, á 10.000 metros.—Núm. 5.—ALEMAN. Modelo Krupp 1910. Calibre, 30 cm. Peso del proyectil, 443 kg. Velocidad inicial, 900 metros. Poco conocida la fuerza de perforación del proyectil.—Núm. 6.—ALEMAN. Calibre, 35 cm. Peso y fuerza de perforación del proyectil desconocidos.—Núm. 7.—NORTEAMERICANO. Modelo 1910. Calibre, 30 cm. Peso del proyectil, 440 kg. Velocidad inicial, 800 metros. Perfora 27 cm. de acero, á 9.000 metros.—Núm. 8.—NORTEAMERICANO. Modelo 1910. Calibre, 35 cm. Peso del proyectil, 634 kg. Velocidad inicial, 815 metros. Fuerza de perforación, desconocida.



Detalle de la fachada de la capilla de Santa Cruz

**A**PACIBLE y tranquila yace Brujas, rodeada de canales, en un ambiente soñoliento y letárgico. Región sumida en el más profundo aislamiento de bullicio y alboroto, está poblada por los descendientes de aquellos artífices que hicieron célebre el arte del afiligranado encaje. Las vías fluviales, tan numerosas, que la ponen en comunicación con múltiples pueblos de la comarca, diríase que se han creado para aislarla más del trajín de la época moderna, y han servido para ahuyentar el espectro de la vida aparatosa y de ostentación.

Vecinas suyas son Ostende y Bruselas, la una llamada «Perla del Atlántico», por el deseo innato en todo humano, que se precie de cosmopolita, de hacer de la villa estancia forzosa en alguna época del año; la otra, Bruselas, «le petit París», conocida por la extraordinaria animación que priva en sus bellas avenidas y en sus festejos nocturnos. Separa Brujas estas dos Ceres, cual manso cordero interpuesto entre dos lobeznos.

Siéntense remozadas, de vez en cuando, sus amplias calles por la ruidosa caravana de los autos y coches de ricachos yankis u otros nacionales, que fatigados del continuo ajeteo de la vida cotidiana de Ostende, acuden á la villa de ensueño á descansar, á reposar sus abatidos ánimos y fortalecerlos para nuevamente lanzarse por las sendas del vivir rápido, del vivir pronto y bullanguero.

Ciudad de ensueño la he llamado; sí, lo es. Abatida de la cumbre en que se cimbreaba á principios del siglo xiii, tiempos aquellos de opulencia para la ciudad, no ha vuelto á recobrar la posición predominante que en los Países Bajos ocupara. Tiempos pasados, pero no olvidados. La riqueza de la población, la magnificencia de la Brugghe de Carlos V,



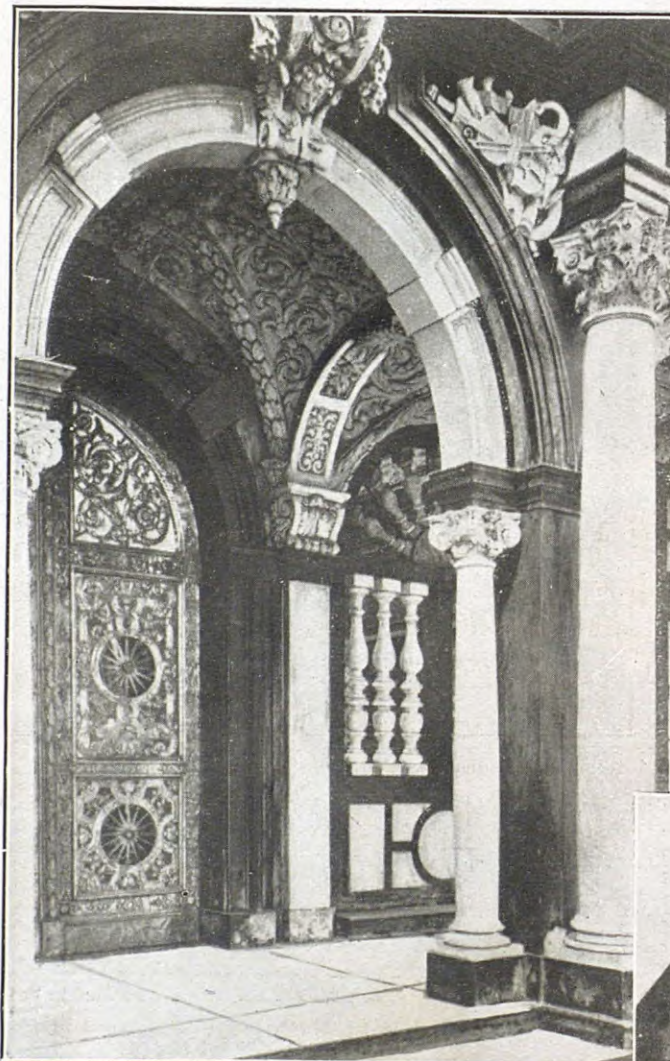
La antigua puerta de Ostende



Pintoresca vista del muelle del Rosario



Calle de...



Una de las puertas de la Catedral

se señala con sólo recordar que en sus mejores días, el número de artesanos que elaboraban telas y encajes se elevaba á 60.000. Proporcionó esta industria pingües rendimientos á los comerciantes de la ciudad, y pronto su importancia en la fabricación de sedas aumentó tanto, que acudían mercaderes de todos los rincones del mundo en busca de lo que había de ser el objeto de su lucro. Bergantines, veleros y embarcaciones de todas clases, procedentes ya de Venecia, de Jaffa u otras ciudades, cargados con los más ricos productos de sus nacionales, aflúan á la opulenta Brujas, y en ella, como lonja mundial, dejaban sus tesoros para ser vendidos á las variadas razas que á sus ferias concurrían. Famosa, célebre se hizo Brujas, y lo es todavía en parte, por sus maravillosos encajes y otros halagos del gusto humano. En remembranza de esta época, cier-



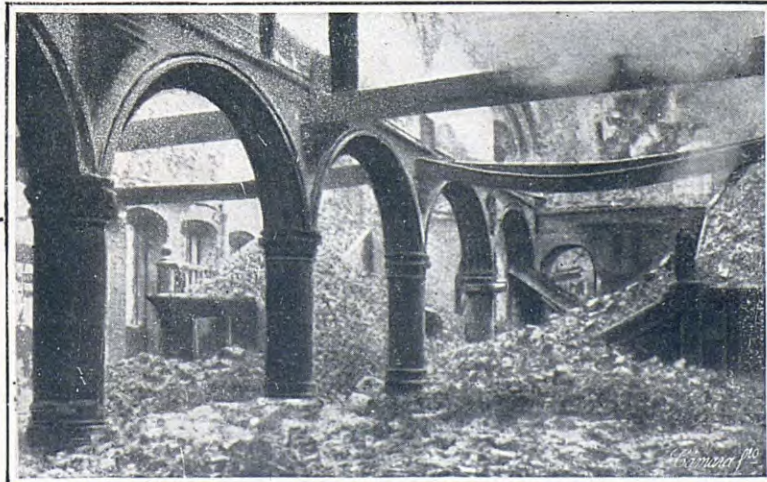
Salón de actos, de esti...



## JOYAS DESAPARECIDAS



En la historia de la civilización será señalada como fecha nefasta el 25 de Agosto de 1914. Ese día quedó destruida por el violento fuego de la artillería alemana, una de las más preciadas joyas arquitectónicas de Lovaina, y que con la Catedral y la Universidad, representaban un glorioso pasado. Ese admi-



La biblioteca de Lovaina, antes y después del bombardeo

nable monumento era la Biblioteca, incorporada á la Universidad, en cuyas salas se conservaban hasta medio millar de manuscritos preciosos, elevándose su caudal literario á 150.000 volúmenes. El incendio ha reducido á cenizas todo ese inmenso caudal atesorado por las generaciones en la intelectual Amberes.



Niño parisién

## LOS HIJOS DE LA GUERRA

En los Estados Unidos se prepara el envío á Europa de un buque cargado de juguetes para repartirlos en las próximas Navidades entre los niños á quienes la guerra cruel ha dejado huérfanos, desamparados, sin hogar, sin pan... Ese buque mago no debiera salir de las costas yanquis, y si sale, debiera perderse en el Oceano y no llegar á las costas de Europa, porque su carga sagrada es un sarcasmo y porque el reparto de esos juguetes, que harán, sin duda, unas juntas de damas en Londres y en París, será una nueva obra de injusticia.

La guerra tiene para estos niños, á quienes deja huérfanos y desvalidos, un juguete singular, que conquista sus corazones, les acompaña en sus sueños, moldea sus pensamientos y, como un amigo leal, les durará toda la vida; este juguete se llama «Odio». Imaginad que ya la guerra ha arrasado muchos kilómetros de tierra,

vencidas del hado fatal, maldicen al enemigo y esperan la venganza de mano de sus hijos; de manos de aquellos pequeñuelos, á quienes han puesto un vestidito negro, á quienes han arrodillado delante de un altarcito, de una imagen, de un icono, y á quienes se ha hecho balbucear unas oraciones mezcladas con sollozos desgarradores y maldiciones estrepitosas.

—¡Tú le vengarás!—se ha gritado á estos niños, y estos niños han abierto de par en par sus corazones al odio. Y la memoria de aquel día, en que el padre, fingiendo serenidad y alegría, le besó despidiéndose para ir á la guerra y el recuerdo de aquel otro en que alguien entró en la casa, fingiendo pesadumbre, y dijo aquellas palabras «¡ha muerto!» no se borrarán jamás de su alma. Luego, durante muchos años, hasta que sea hombre, escuchará constantemente la misma cantinela en labios de los parientes, de los



Niño alemán



Niños ingleses

torio en Europa, en Asia en Africa; que ya ha asesinado á un millón de hombres, que procedían de Alemania, de Francia, de Inglaterra, de Bélgica, de Rusia, de Servia, de Montenegro, de Austria, de Argelia, de Senegambia, del Canadá, de Australia, de la India, del Cabo; que en unas y otras naciones nuevos contingentes se preparan para acudir á la contienda, y calculad cuántos hogares han quedado deshechos y en cada hogar un niño, unos niños que presencian, con ojos espantados, el duelo de la madre y oyen decir que el padre no volverá más, y advierten que las privaciones comienzan y el hambre amenaza.

Luego, las madres, las madres en todos los países, no se resignan ante la adversidad de la guerra, como ante la adversidad natural y forzosa de la enfermedad que mata también y deja el hogar desolado. Las madres, llenas de ira, no



Niños tirolese

amigos, de los desconocidos: —«Ya veis, este pobre huérfano. Los alemanes mataron á su padre. En tal batalla, en tal sitio, en tal emboscada.» Y otro oír: «los franceses le mataron», y otro: «los rusos fueron», y otro: «fueron los austriacos»... ¡Así, en el yunque de la guerra de hoy, se forja la guerra de mañana!

Y esto, en los lugares de donde los ejércitos proceden, pero donde la guerra no ha llegado. Imaginad ¡qué trágica la visión de la batalla en el corazón de un niño! Enloquecidos de terror han escuchado el tronar de los cañones, han visto avanzar la caballería destrozando todo á su paso, han presenciado el retorcerse de los heridos clamando su dolor, han seguido penosamente á las avalanchas desvalidas que huían por las carreteras, á través de los campos, en esa Bélgica sin ventura, en ese Norte de Francia, en Polonia y en Prusia y en Servia y en Bosnia...

Estos niños, en sus minutos de reflexión, cuando ya no tienen lágrimas para llorar y en sus gargantas extenuadas se hayan agotado los gemidos, pensarán que se les ha engañado; se les ha engañado en el regazo materno y se les ha engañado en la escuela donde comenzaban á delirar y se les ha engañado en la iglesia, donde sus pobres almas se sentían empujadas... Se les decía allí que los hombres eran hermanos; que un padre común, tan poderoso que el sol y la luna eran obra de su voluntad, nos exigía á todos que fuésemos buenos y oían hablar de la fraternidad humana como de un hada buena que ampara á los niños de toda la tierra; á los niños eslavos, á los sajones, á los latinos, á los amarillos y á los negros. Como una reminiscencia, como un destello de Dios, del Dios de todas las latitudes, los emperadores y los reyes eran los procuradores de la felicidad de sus pueblos y en la hora de mayor alegría infantil, cuando la cristiandad entera se estremecía recordando que hace veinte siglos nació un niño en un establo de Judea, unos reyes se acercaban á la ventana de estos niños y les dejaban unos juguetes. ¡Y ahora los reyes les traían la guerra, y con la guerra la muerte de sus padres, el arrasamiento de sus hogares, los días de lágrimas, los días sin pan! ¡Y el sol de Dios, del Dios bueno y poderoso que con una mirada podría paralizar los ejércitos y deshacer sus artificios de mortandad, amanecía cada mañana y cruzaba impasible el cielo, y se ocultaba al atardecer, iluminando los campos arrasados, llenos de heridos que se retuercen en su abandono y claman en vano al alto, las iras de su dolor!



Niña rusa

¿No veis en esto toda la intensidad de la tragedia de la guerra en el alma de los niños? Mañana, cuando sean hombres, cuando ellos hablen á sus hijos, les dirán que nuestra civilización les ha engañado. Se les quería iniciar en los rudimentos de unas ideas fundamentales en las que la Humanidad venía laborando durante muchos siglos y habíamos condensado en unas cuantas palabras todas nuestras soberbias de hombres superiores y estas palabras que se pronunciaban con respeto en todos los idiomas, estas palabras: «Fe, Derecho, Justicia, Fraternidad, Solidaridad», son unas palabras huecas, que no han redimido á la Humanidad. Como en el bosque virgen de las edades primitivas, como en las depredaciones de la época romana, como en las tenebrosidades bárbaras de la Edad Media, la fiera humana resurge en los campos de batalla y mata y muere.

¡Pobres niños de ojillos azules y cabellos rubios ensortijados, cuya piel no tuesta el sol débil del Norte; pobres niños del Mediodía, cuyas pupilas negras nos hablan del misterio agorero del más allá de donde venís y á donde vamos; pobres niños de tez pálida y ojos oblicuos que esperais recoger la herencia de una civilización, que la raza latina no puede ya sostener sobre sus fatigados hombros, la guerra ha interrumpido vuestros juegos y vuestras risas y os ha lanzado en las horas del dolor con una crueldad salvaje!

Aun así, más os vale llorar, que á nosotros los hombres puede valernos vencer en estas contiendas. Llegará un día en que aprendais en una lección viva de experiencia que para el hombre hay un placer espiritual supremo, que muy pocos saben gustar: el placer de no resistir al mal, de no defenderse, de dejarlo que llegue hasta nosotros y nos acorrale y nos torture y nos venza. Toda la vida de Cristo y toda su doctrina es eso. Quien no ha tenido un amigo que le traicione no sabe lo que es la maldad humana y cómo por un esfuerzo de la voluntad esta pobre bestia que llevamos dentro puede purificarse y ennoblecerse.

Cuando la guerra acabe y los países vencidos sean mutilados y sobre vuestras espaldas de hombrecitos pesen las deudas abrumadoras que vuestros padres han contraído para aniquilarse, las semillas de odio que hay ya sem-



Niño japonés



Niña belga



Niños austríacos



Niños bretones

bradas en vuestros corazones comenzarán á germinar. Hablareis de revancha unos, y hablareis otros de totales exterminios; comenzareis de nuevo á fundir cañones y forjar aceros y construir buques; alguno de vosotros inventará un nuevo explosivo ó una nueva arma de combate; en vuestras legiones surgirá un diplomático juglar que comenzará á urdir el armadizo en que caerán otros pueblos más débiles ó más torpes y, al cabo, dentro de otros cuarenta ó cincuenta años, invocando, como ahora, estas huecas palabras: «Derecho y Justicia», os lanzareis á los campos de batalla, y, como ahora, arrasareis los campos, destruireis las ciudades y entregareis á la voracidad de la muerte millares y millares de vuestros hermanos. Tampoco vosotros os acordareis de los niños, de otros niños, carne de vuestra carne, que oirán con espanto retumbar el cañón y estallarán en sollozos desgarradores cuando un día entre en su hogar el amigo, que fingiéndose apenado, dice estas palabras: «¡No le esperéis más. Ha muerto!»

Y habría una obra de caridad admirable, más eficaz, más santa, más cristiana que la imaginada por esas buenas damas yan-



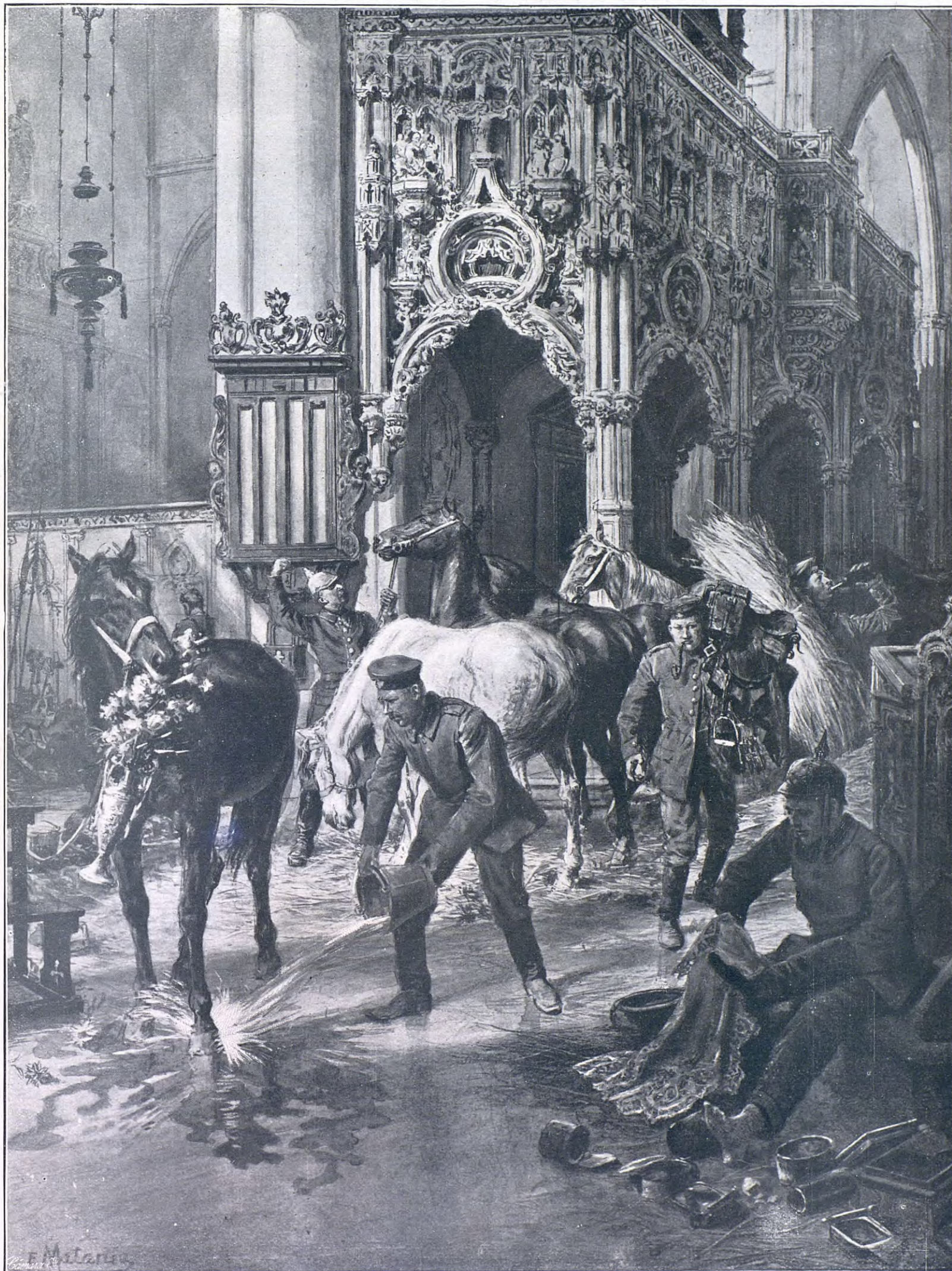
Niño escocés

quis que quieren suplantar con su buque cargado de juguetes al símbolo encantador y tierno de los Reyes Magos; al dulce engaño familiar que alegra los hogares y llena de júbilo el corazón de los niños. Y esa obra de caridad consistiría en trabajar para que el día de Noel dejara de resonar el cañón y se licenciaran los ejércitos, para que los Reyes Magos trajeran el oro, la mirra y el incienso de la paz para ofrecerlos al pobre niño Jesús y á los niños de toda la tierra.

Si en los Estados Unidos se alzara la opinión pública, diciendo que había llegado la hora de imponer la paz á las naciones enloquecidas, apelando á la amenaza, á la fuerza, á la violencia, á las represalias, haciendo un llamamiento á todas las naciones neutrales para declarar fuera del Derecho humano á quienes no la aceptaran, la paz se haría. ¡Y los niños de toda la tierra volverían á creer en un Dios bueno que nos contempla desde el Cielo y que no consiente que sus almas tiernas sean torturadas por el dolor y que en sus corazones se siembre el Odio, borrando de ellos las dulces palabras «Amaos los unos á los otros!»

DIONISIO PÉREZ

## LA OCUPACIÓN DE AERSCHOT POR LOS ALEMANES



TROPAS ALEMANAS ACUARTELADAS EN EL INTERIOR DE LA PARROQUIAL DE AERSCHOT, SEGÚN EL INFORME DE LA COMISIÓN INVESTIGADORA NOMBRADA POR EL GOBIERNO BELGA

Dibujo de E. Matania

## CUEENTOS ESPAÑÓLES



## El imprudente

FUERON amores violentos, un noviazgo que demoraba hasta el amanecer ardientes diálogos en la reja; luego el matrimonio y la escapada larga. Tres meses de sonámbulo nomadismo, á través de paisajes que no veían, escandalizando en los hoteles con aquella voracidad amorosa, tres meses por Italia hasta Venecia—Venecia parada y góndola—y luego París: las tiendas de la rue de la Paix en donde él quería comprar cada sortija, y las casas de modas visitadas, revueltas, para añadir un contraste *chic*, un garbo parisiense, á ese cuerpo cimbradamente lánguido de gitana goyesca.

En fin el regreso á Madrid, la instalación morosa en unos bajos de la Castellana, dos meses, porque el mueble ó la cortina les servían de pretexto para un beso. Y bruscamente la angina al corazón, que se la llevó en ocho días.

Quedó alelado. Sus padres, un viejo sólido aún que dirigía la fábrica de acero en Bilbao, y la señora madre, católica solemne y esfirada en sus ropas negras, llegaron á prodigarle consejos de cristiana resignación, promesas de una futura entrevista definitiva en los cielos; todo el vano consuelo y el irónico alivio que Andrés escuchaba, con un espanto triste. Se fueron al mes, dejándole una imagen de la Virgen y creyendo que estaba consolado. En realidad, á las convulsiones desesperadas de los primeros días, había sucedido una laxitud que le humedecía los ojos á cada instante, pero no olvidaba nada.

Y para no olvidar siquiera los detalles de aquel amor, conservó todo como se hallaba el día de la muerte, exactamente, la alcoba rosa, el escritorio inglés moreno con sillones de cuero en donde ella se enroscaba como una parisiense de Prejelan, en *pijama*; y sobre todo, difundidos por todas partes, en la baja librería, en los muros, hasta en las ventanas de la calle, los retratos de su Pilar; de amazona en el bosque, con su gorrito de piel en un trineo que procuraba el fotógrafo ó con las altas peinetas y la mantilla, maja rubia, manola *chic*, que mostraba con el mohín de los labios la picardía de Madrid.

Con su Pilar quería seguir viviendo, prolongar esta ilusión algunos años. Y cuando no quedaba

absorto ante una miniatura fresca y luciente como una cabeza de Gainsborough, eran charlas con Tomás, un viejo servidor de patillas, ó con una pareja de empleados que la habían conocido también. Famoso, este Sánchez, «el nunca bien ponderado Sánchez» como decía Pilar, un hombre enjuto, silencioso, vestido siempre con americanas de lustrina y corbatas hechas, verdadero tipo de Galdós. Ella, la esposa, una rubia de treinta años, bien ceñida en sus faldas de hechura sastre, alegre, muy simpática, casi una amiga de Pilar con quien saliera algunas veces en los días del noviazgo. Eran ambos los únicos empleados de Andrés en la agencia de la fábrica, instalada en la casa. Sánchez redactaba las cartas en inglés y Gabriela servía de dactilógrafa.

Cuando ella entraba en el escritorio cada tarde, llevando la correspondencia para «la firma», Andrés hallaba pretexto siempre para evocar á su Pilar, en diálogos que comenzaban «¿recuerda usted?» y terminaban invariablemente con un suspirado «pobrecilla». ¿Recordaba Gabriela aquel día en que por travesura se puso á escribir Pilar en máquina? Qué guapa estaba, ¿eh? Y luego el día de toros, con mantón, los piropeos de las gentes al pasar y la florista que se prendió al estribo del coche, canturreando: «Una perrita, que la señora es muy guapita».

Ante aquella pena insistente, sutil en torturarse, Gabriela apartaba los ojos, hablaba de otra cosa. Alguna vez se aventuraba á aconsejarle:

—Pero, don Andrés, ¿por qué no sale un poco? Es: ar en casa todo el día...

—¿Y á dónde quiere usted que vaya?

—¡Qué sé yo! A la Peña, á dar una vuelta.

—Me aburro. Mejor estoy aquí.

Se quedaba leyendo una novela ó viendo en la ventana las parejas que en esas tardes de la incipiente primavera, pasaban enlazadas, mientras arriba las cimas de los árboles ya espolvoreadas, cinéreas, balanceaban al cielo tinto la misma grávida languidez de los corazones. También en sus nervios pasaba idéntico temblor, igual pereza. Y sus manos se crispaban en la ventana, inútiles, con el deseo obscuro de ceñir un talle elástico, de acariciar una piel sedena.

Llegó el primer aniversario de la muerte, un día de Octubre gris. Fué al cementerio con Sánchez y su mujer que llevaban violetas. Comenzaba un invierno agudo en que salió algunas veces á la Peña. Pero trabajaba más que nunca, la tarde entera, porque la agencia tuvo éxito y cada mañana Tomás veía aumentarse pavorosamente el manojo de cartas. Andrés le murmuraba á Gabriela:

—Viene el dinero cuando no me hace falta. Ahora podría comprarle á Pilar el automóvil que ella deseaba tanto. Vea usted, este era su modelo preferido.

Señalaba en los catálogos recibidos algún doble faetón, soberbio, reluciente.

En Abril aumentaron tanto los pedidos, que llamó un día á Sánchez:

—Dígame, ¿no conoce á algún mozo que escriba bien á máquina? Vendría á ayudarme los domingos. Le pagaría bien.

—Pero, don Andrés, si mi mujer puede venir. Y además no costaría nada.

—Eso no, ya trabajan ustedes bastante en la semana.

Sánchez aseguró que su mujer no salía los domingos. Muchas veces hacía copias. Para decidir á Andrés, aceptó que ella recibiera un suplemento por el servicio y Gabriela comenzó á venir. Llegaba á las cuatro, doblaba cuidadosamente el velo, se alifaba coquetamente el cabello en un espejito del escritorio cuando nadie podía verla. A las seis el viejo Tomás servía el te y el trabajo quedaba á menudo interrumpido para charlar de los años felices, del faetón con reflectores móviles, una monada, que hubiera podido adquirir ahora. El séptimo domingo ella no vino. Se presentaron el lunes como siempre Sánchez y su mujer, ella excusando vagamente la falta por una jaqueca intolerable.

—Bueno, pero el domingo próximo no me falte, Gabriela. Hay mucho trabajo. Venga á las dos. Transcurrió una semana morosa con viento y lluvia. Gabriela vino el domingo muy temprano. Hasta las cuatro no hablaron, él enfrascado en sus papeles, ella curvada sobre la máquina. Se levantó Andrés á ver la calle—«mi cine», como

él decía—por donde ya desfilaba el jubileo domingero, criadas de servir con novios de mirada torva y gorras claras, militares engreídos mirando al pueblo del Señor desde la nube prestigiosa de su veguero, madres de martirologio que chillaban breves órdenes para que cinco marineros no encharcaran el uniforme ó no rodaran entre los rieles del tranvía. Pasaba con su chaqueta corta, el gran sombrero y dos ojos de pasmado candor un aldeano tan singular, que Andrés volvió adentro el rostro iluminado de risa:

—¡Gabriela, venga á ver que tío más gracioso!

Ella estaba en pie, palidísima.

—¿No ha oído?—murmuró.

—¿Qué?

—Un ruido, como de pasos.

—Serán los duendes.

Pero la vió tan crispada y tan trémula, que avanzó riendo:

—Vamos á ver al ladrón. Tomás no puede ser, porque salió.

Cuando descorría la cortina que daba al comedor, se apartó bruscamente, en guardia. Pero el ladrón, si lo era, tenía tan pacífica, tan lastimosa actitud con los ojos bajos y el revólver colgante en la mano floja, que Andrés avanzó, gritando enseguida casi alborozado:

—¡Usted, Sánchez!

Era Sánchez, más amarillo y taciturno. Se dejó dócilmente desarmar. Y como Gabriela iba á intervenir, la atajó Andrés:

—Gabriela, déjenos un instante solos. Voy á hablar con su marido.

Le llevó del brazo á un sillón, descargó el revólver que tiró con las cinco balas en un cajón del escritorio. Y hubieran permanecido así en silencio, como juez y reo—un reo hundido y rígido en el sillón de cuero,—si Andrés no comenzara familiarmente:

—A ver, Sánchez, explíqueme como á un amigo, lo que pasa. Usted está loco ó ha supuesto algo que no imagino... que no quiero imaginar. Comience usted.

Como Sánchez callaba, prosiguió:

—Voy á ayudarle á usted. En un rato de ofuscación ha creído... supongo, porque no veo otra

de otra manera, y ¡adentro á escuchar tras de las puertas!... ¡Excelente idea! ¿Sabe á lo que se expuso? Un buen rato de cárcel ó una bala. Y si llega usted á matar, ¡atiza! Mi nombre en los periódicos, un escándalo para rato. Vaya, que se ha conducido usted como...

Se paseaba con las manos en la espalda, iracundo por no hallar enfrente sino á un reo humillado, lastimoso, que murmuró en fin buscando algún pretexto:

—Fué la venida los domingos.

—Pero, hombre de Dios, si me propuso usted mismo que viniera su mujer.

—Sí, don Andrés.

—¿Entonces?

Empezó á contar para excusarse las horas negras de esa pasión que sentía por Gabriela, calvo, caduco, mientras ella conservaba la exuberancia de los treinta años, los celos que se tornan insomnio de noches largas junto á esta juventud que iba creciendo en gracia madura y peligrosa languidez, su miseria moral porque estas cosas no se le pueden decir á una mujer, celos del aire como en la copla, celos del hombre que la mira en la calle, celos absurdos, que le perdonaría don Andrés, que fué siempre tan bueno, tan generoso para con ellos.

—Hombre, sí, le perdono á usted, porque sólo así, perdido el juicio, se explica... en fin... Gabriela, venga aquí.

Del comedor en donde estaba refugiada discretamente, acudió Gabriela avergonzada y al acercarse á su marido murmuró con rencor, silbando las sílabas:

—¿Qué has hecho?

—No, Gabriela,—exclamó Andrés—ni una palabra más sobre el asunto. Me ha confesado su error... un disparate... Olvidemos ésto.

Hubo un silencio embarazoso. Sánchez miraba atentamente al suelo. Su mujer, sofocada, hurgaba en el cesto de mimbre algo que no lograba hallar; y Andrés, también molesto, exclamó al cabo:

—Pueden marcharse.

Todavía fué necesario calmar á Sánchez que se irguiera, aterrado, pensando que los echaba

ma lentitud del farolero, iba prendiéndose en un rincón violeta, una estrella morada, una estrella lívida. La esquila de los carruajes enternecía como el tintineo que señala el crepúsculo en la aldea. Y pareció despertar cuando un chiquillo feroz, voceó desaforadamente un periódico de la noche.

Encendió la luz eléctrica, volviéndose á Gabriela que trabajaba en la máquina:

—¡Qué loco Sánchez! ¿verdad?

—¡Oh! don Andrés, una chifladura; perdónele usted.

—No, no hablemos de eso, sino que supongo que debe amargarle la vida con esos celos.

—¡Recuerda usted el domingo en que no vine! Pues fué una escena tremenda.

—Debió usted decírmelo con franqueza.

—Pero si era una tontería... Además una insolencia suponer...

Se calló bruscamente. De los papeles que leía, alzó Andrés una mirada curiosa:

—¿Qué iba usted á decir?... siga, siga... No se haga de rogar.

—Decía que era una insolencia suponer que usted... se hubiera fijado en mí.

—Eso no, Gabriela, ni que fuera usted un es-pantapájaros.

Corrigió inmediatamente:

—Y por el contrario, es usted muy guapa.

Lo había dicho sin intención, distraído y cortés. Pero miró ahora largamente, mientras ella inclinaba la cabeza sobre la máquina, el fino perfil rubio que se nimbaba de luz, la silueta sobria en el vestido negro, los pies inverosímiles de madrileña ó japonesa; y la nuca blanca, con esas menudas manchas morenas que los poetas comparan á las frutas picoteadas por gorriones voraces. Guapa, ¡ya lo creo que lo era! ¿Cómo no vió esto en tantos años? Le daba razón á Sánchez, pues era justo pedir celos á una mujer así. ¡Claro, á solas con ella á cada instante!...

—Mujer, Bayonne es con dos enes—dijo mostrando la carta que firmaba.

Cuando Gabriela se inclinaba para ver el error, Andrés sintió su perfume de rubia.



cosa... que yo y Gabriela... en fin, que nos entendíamos, ¿no es ésto?

Sánchez afirmó con la cabeza.

—¿Y lo sigue usted creyendo?

Súbitamente enrojecido, Sánchez balbuceó:

—No, señor, fué una locura mía, ya pasó...

—Hombre, menos mal. Por lo demás ya lo habrá comprobado si escuchó bien... ¿Pero se dá usted cuenta de lo que ha hecho? En primer lugar, suponer eso... ¡A cualquiera se le ocurre! Después de los años que conozco y trato á Gabriela... ¡Toma! le vienen á usted los celos tarde... Es decir, que una mañana de mal humor se le ocurre á usted una tontería, no averigua, no busca saber por otros medios, sino ¿cual? El más sencillo, digno de un hombre honrado... Escala usted una ventana, porque no pudo entrar

de casa. No, hombre, no. Les indicaba solamente que era tarde y el resto de las cartas no corría prisa. Ahora insistía Sánchez para hacerse perdonar su tontería, sin celos ya, bien castigado con la vergüenza. Tanto rogó, servil y balbuceante, que Andrés consentía en fin, dándole la mano que él estrechó efusivamente. Quiso devolverle el revólver, pero Sánchez suplicaba, en la puerta:

—No me abrume, don Andrés, tírelo usted.

Salió curvado, envejecido; se le vió cruzar la calle y sin volverse á mirar, tomó el tranvía para la Puerta del Sol. En la ventana Andrés siguió asistiendo al crepúsculo tibio de Mayo. Palpitaban, todavía nuevas, charoladas, las hojas de un verde eclógico, suavemente curvas como labios abiertos á la molicie ambiente. Con la mis-

Fué algo súbito y dulce, la renovada laxitud de su luna de miel, una espuma de ternura que subía á los labios. Suavemente, la retuvo por una mano para decirle:

—Gabriela... Gabriela... ¿no cree usted que Sánchez tiene al cabo razón?... Yo debiera pedirle á usted que no nos viéramos más y no tengo fuerza para rogárselo.

La vió enrojecerse, vacilar, y la mano quedó en la mano. Por la ventana abierta, la noche les llamaba para esa confesión que es mejor bajo estrellas y en suspirada paz... Y, como en la cantilena del poeta lunático, «la noche solamente escuchó sus palabras.»

VENTURA GARCÍA CALDERÓN

DIBUJOS DE HUERTAS



Heroica defensa de la Artillería prusiana en el combate del valle de Bellefontaine, una espantosa tormenta, y en el que ambos beligerantes sufrieron grandes pérdidas  
(Dibujo hecho por P. Thiriat, corresponsal de guerra, con arreglo a los informes oficiales franceses)

## CRISANTEMOS

En la aquietada melancolía del otoño los crisantemos son un símbolo. Símbolo de una belleza fastuosa, decorativa, pero triste.

Se asoman detrás de las lunas de los escaparates que el sol del invierno empieza a tornar opacas; se desbordan de los cestos de los vendedores ambulantes, de los mostradores de los kioscos de floristas; brotan de la desolada desnudez de los jardines.

Blancos, de una blancura casi irreal de tan blanca; amarillos, limpiamente amarillos de oro nuevo que contrasta con el oro viejo de las hojas secas y caídas en los senderos arenosos y los macizos removidos por el azadón; rojos como empapados en sangre fresca y virginal; morados, con señorial tersura de terciopelos patricios, ó azules, inverosímilmente azules, de un azul demasiado oscuro que habla de cielos de verano en la noche alta...

Porque estas flores venidas de la tierra lejana, del país de los cerezos floridos, los heroísmos trágicos y de las mujeres menudas, tienen el don de sugerir todos los ensueños y evocar las cosas perdidas ó presentidas.

Dulcemente se extingue el año. A las ciudades inexpresivas é insensibles á fuerza de tan civilizadas, las cercan los crepúsculos lentos, espléndidos, y el campo, todo él dorado, donde el viento despierta los quejidos de los árboles desnudos á quien un poeta nombró *violines del otoño*.

Peró la ciudad no se da cuenta de este cerco, que tiene la magnificencia de una agonía regia, más que en un día único.

Es el 1.º de Noviembre. Los hombres de la ciudad abandonan las casas, las calles, los teatros, los casinos donde la voluntad se afloja, las oficinas donde el espíritu se acobarda, y las fábricas donde la carne envejece prematuramente.

Es como una romería hacia la muerte.

Las inquietantes visiones de Holbein, de los Breughel, de Andrés Orcagna, flotan en el aire sobre los romeros. Veinte siglos de Cristianismo ponen en las almas un estremecimiento involuntario al pensar en *L'imperator del doloroso regno*.

Van con los romeros de la ciudad los crisantemos hacia los cementerios. Y en los cementerios, nuevos crisantemos esperan; erguidos y temblorosos sobre los tallos, apretados en coronas, cruces y ramos, esparcidos sobre las piedras de las tumbas...

Una vez al año el cementerio es un inmenso jardín de las flores redondas de hojas estrechas. En Oriente sirven para bordar trajes de corte y de amor. En Occidente bordan el recuerdo. Tan bello destino es surgir de las sedas como ennoblecen las almas.

Peró ¡ay! que esta peregrinación anual, esta salida de la ciudad á todos los caminos que llevan á la otra ciudad del eterno sueño, no es ya una piadosa costumbre, sino una frívola fiesta.

Antes que el recuerdo es el olvido lo que brota en el hombre el 1.º de Noviembre.

Se va hacia los muertos, para olvidarlos más gozando la alegría del vivir.

Y sobre todo en esta tierra de España, donde el vino enciende la sangre en las venas...

La gente, por la tarde, se oprime en los cementerios para ver florida de luces y crisantemos las tumbas; llena por las noches los teatros para ver, floridas de joyas y tal vez también de crisantemos, las actrices y las bailarinas bonitas...

losé FRANCÉS

# EL ÚLTIMO TRIBUTO AL HÉROE



FAMILIA DE UN SOLDADO FRANCÉS MUERTO EN EL COMBATE DE BERCY, ORANDO ANTE LA TUMBA  
Y CUBRIÉNDOLA DE FLORES

## PÁGINAS HISTÓRICAS



LA REINA CAROLINA DE NAPOLES

## TRAGEDIAS DE LA GUERRA

A l mediar la tarde de un día de sol espléndido, del mes de Enero de 1814, dos mujeres jóvenes y hermosísimas, contemplaban absortas con ávido mirar y melancólico semblante, el panorama que se descubría desde uno de los balcones del Palacio Real de Nápoles, panorama de belleza suprema, formado por la suave cadena de montañas de Salerno y el misterioso mar napolitano, tantas veces cantado por los más grandes poetas latinos, con sus poéticas islas de Caprí y Procida, y sus millares de lanchas pescadoras moteando de velas blancas el azul refulgente de sus ondas.

Aquellas dos mujeres, una de las cuales, la que menos joven parecía, tenía sus ojos grandes y negros arrasados de lágrimas, eran: la reina Carolina de Nápoles, hermana de Napoleón y esposa de Murat, y madama Récamier, aquella espiritual mujer que con su belleza, su inspiración y su dulzura había sido la musa de tantos grandes hombres y de tantos geniales artistas.

Sin duda la primera había hecho á la segunda importantes y tristes confidencias, pues transcurrido un breve rato de silencio, interrumpido solamente por el arrullo rumoroso de las olas, que hasta ellas llegaba, exclamó:

—Bien lo ves, la desgracia es inevitable, la firma está puesta ¡la lucha próxima á comenzar, de un lado mi hermano, mi marido de otro, y en medio de ambos mi corazón para recibir los golpes de los dos!

En vano intentó consolarla su interlocutora con cariñosas palabras; la Reina más afligida cada vez, dijo:

—No, no hay remedio para mí. ¿Qué mano de cualquiera de los dos asestará el golpe que no abra la herida en mi carne? ¿Qué sangre se derramará que no sea la mía?

Y... ese, tiene razón —añadió mirando casi con ira un folleto que, sin duda, recién leído, ya-

cía como arrojado sobre un diván—, perecerán los dos y los otros, sin lucha, serán los vencedores.

El folleto objeto de tan amargas reflexiones, llevaba estampado en la cubierta el siguiente título:

*De Bonaparte y de los Borbones* y estaba firmado por el famoso autor de *El genio del Cristianismo*, el Vizconde de Chateaubriand.

ooo

Volvió á reinar en la sala un silencio solemne interrumpido ahora, no por los rumores cadenciosos de las olas, sino por los gemidos de la Reina, cuando una voz gritó:

—El Rey.

Y precedido por el ruido retumbante de unas botas de campaña, y por el claro tintineo de unas anchas espuelas, se presentó ante las damas un personaje, casi fantástico, por el lujo y la brillantez de su indumentaria.

Era el Rey de Nápoles, Joaquín Murat. Vestía su uniforme de húsar, que no abandonó nunca, con su ajustado calzón azul lleno de bordados y arabescos; su dolman rojo cubierto de galones y entorchados de oro, su morrión de gigantesco plumero y su refulgente sable en cuya empuñadura, cuajada materialmente de piedras preciosas, llevaba los retratos de su mujer y de su hijo.

Ambas damas salieron á su encuentro solícitas y respetuosas, y, como si en el rostro de ellas hubiese adivinado las confidencias de la Reina, dirigiéndose á madama Récamier, como



FERNANDO VII

buscando, más que consejo, aprobación y excusa, le preguntó:

—¿Qué he de hacer? ¿Qué partido tomar si he de tener en cuenta los intereses de mi reino?

Y madama de Récamier, respondió con dulce frialdad:

—Sois francés, y á Francia es á quien debéis permanecer fiel.

Tornóse lívido el rostro de Murat, y, como si los ojos quisieran sa'társele de las órbitas, y el alma escapársele con el aliento, replicó:

—¡Es decir, que soy un traidor! ¿Y qué he de hacer?

—Vuestro corazón es quien ha de decir—repuso la dama.

Entonces él, desalentado y triste, exclamó:

—¡No puede ser! ¡Es demasiado tarde!

Y conduciéndola de nuevo al balcón que poco antes habían abandonado las dos mujeres, la dijo:

—¡Mirad!

Y señaló en lontananza una poderosa escuadra inglesa que entraba en el puerto á toda vela.

El Vesubio, que acababa de estallar en una de sus más violentas erupciones (\*), iluminaba el cuadro con el fulgor, sombrío y rojizo, de su columna de fuego, dándole un carácter de erradora grandiosidad.

No es necesario hacer la historia de Joaquín Murat, á quien los franceses llamaron el «Hijo mimado de la victoria».

Desde voluntario, en los Cazadores de los Ardenes, hasta Rey de Nápoles, no hubo grandeza, título, ni posición brillante á que no llegara con su valor y con la distinción del Emperador, su cuñado.

Como gran vasallo del Imperio, hubo de tomar parte en la invasión de Rusia, donde se mostró el héroe de siempre en los combates, pero donde comenzó á dejar ver sus dispendios con el Emperador; pues encargado de dirigir la retirada de Smolensko á Wilna, al llegar á este punto, dejó el ejército, y fué—como dice un historiador contemporáneo—á calentarse al sol de Nápoles. Verdad es—añade el mismo autor—que su jefe había ido á calentarse al hogar de las Tullerías, dejando los restos del gran ejército en tan angustiosa situación.

Sin duda aquellos héroes del triunfo, no podían acostumbrarse á los reveses.

Antes de Leipzig, Murat empezó sus negociaciones con los Austriacos. Había escrito una carta á Napoleón diciéndole que hiciese la paz «como único medio de conservar un imperio tan poderoso y bello», pues si no lo hace así él (Murat) se vería obligado á dejar su reino ó abrazar los intereses de la libertad italiana, es decir, á unirse á los aliados contra Napoleón.

El Emperador—y esta es la única excusa de Murat—no contestó á esta carta, y el rey de Nápoles el 11 de Enero de 1814 firmó con la corte de Austria un tratado, por el cual se comprometía á coadyuvar con un ejército de 30.000 hombres al triunfo de los aliados, los cuales en pago le garantizaban la posesión del reino de Nápoles y el derecho de conquista de las marcas pontificias.

Estas eran las confidencias que la reina Carolina, angustiada y llorosa, había revelado á su amiga madame de Récamier.

No favoreció grandemente al héroe la fortuna, pues aunque al salir al frente de su ejército el 16 de Febrero de 1814 á pelear contra su bienhechor la multitud le cercaba gritando ¡Viva el rey Joaquín!, su corazón se llenó de amargura al leer las siguientes cartas de su cuñado y Emperador: «Vuestro marido—decía Napoleón á Carolina—es muy valiente en el campo de batalla, pero más débil que una mujer ó un fraile cuando no ve al enemigo. No tiene ningún valor moral, ha tenido miedo y no ha titubeado en perder en un instante lo que no puede tener sino por mí y conmigo.»

(\*) Histórico.



MURAT

Y á él, al propio Murat, le decía: «Supongo que no seréis de los que piensan que el león está muerto; si hiciéreis ese cálculo, sería falso. Desde vuestra marcha de Wilna me habeis hecho todo el mal que habeis podido. El título de Rey os ha trastornado la cabeza; si deseáis conservarla, portaos bien.»

Napoleón, después de varias alternativas de la fortuna, fué relegado á la isla de Elba con ayuda de Murat, el cual tuvo la fundada sospecha de que el Congreso de Viena, ateniéndose á la máxima del Segismundo calderoniano, trataba de despojarle de la corona que tantos sacrificios le había costado conservar, y entonces—¡flaquezas



NAPOLEON I

del espíritu humano!—volvió sus atribulados ojos á su cuñado, vecino suyo á la sazón, puesto que ya estaba confinado en la isla de Elba, y se puso en secretas inteligencias con aquél á quien tanto debía y al cual había abandonado friamente por conservar la corona que de él recibiera.

Aquel vuelo del Aguila que duró cien días, trajo para Murat la ocasión de una nueva deslealtad y de otra desgracia, que había de ser la última.

Cuando Napoleón, desembarcado en Cannes, llega á Lyon, Murat, vacilante, como todo el que no sigue una línea de conducta recta y leal, se pone al frente de 40.000 hombres y en lugar de auxiliar á los que todavía eran sus aliados, desprecia las nuevas ofertas de los austriacos y se prepara á combatirlos.

Fuó vencido y perseguido sañudamente; aquel Rey que había salido de su capital entre vítores y aplausos al frente de un brillante ejército, volvió á Nápoles acompañado sólo de cuatro lanceros; y presentándose humillado y lloroso ante la Reina su esposa, le dijo:

—Señora: no he podido morir.

Y sin esperarla, se mete precipitado en un barco que le conduce hacia la isla de Ischia, barco que abandona, porque encontrando en el mar otra nave que conducía algunos oficiales de su Estado Mayor, se dirigió con ella á Francia.

Carolina partió después sola durante la noche, dejando iluminado su palacio, para que las gentes que ante él se agolpaban creyeran que le habitaba todavía, mientras que ella, saliendo por una puerta secreta, se dirigió al puerto y después á Francia. En la travesía encontró al barco que conducía á España al rey Fernando, libre ya de su destierro, presa escanada de las garras del Aguila, que volvía á ocupar el solio de España.

El buque de la destronada Reina hizo el saludo reglamentario en el mar; el barco del Rey que recobraba su trono, no contestó. Aunque parientes entre sí todos los soberanos, en aquel momento Carolina era sin duda para Fernando, que recobraba de nuevo su fortuna, una pariente pobre.

Después de Waterlloo, la suerte de Murat fué dura y precaria.

Rechazado por Napoleón, que le prohibió entrar en París durante los Cien días, relegándole á una casa de campo llamada *Plaisance*, cerca de Tolón, el ex Rey de Nápoles, cuando ya el gigante surcaba el Océano en busca de su tumba, quiso tentar nuevamente la fortuna, creyendo que aún en Italia le quedaban algunos de aquellos amigos que tanto le festejaban durante su efímero reinado.

Tras de varias infructuosas tentativas, el 28 de Septiembre de 1815 se hace á la vela para Italia, con una escuadrilla de siete barcos con 250 tripulantes. Con treinta hombres logró desembarcar en el golfo de Santa Eufemia. Trata de sublevar á los habitantes de la costa, y es recibido á tiros. Los enemigos le rodean, trata heroicamente de defenderse, de morir matando; pero sus espuelas se enredan en unas redes pescadoras puestas allí á secar, y cae al suelo, siendo reducido á prisión.

Cuando se le comunicó su sentencia de muerte lloró.

A la hora postrera, el 31 de Octubre de 1815, brilló en él, con todo su esplendor, aquel heroísmo, aquel valor ardiente que siempre había demostrado en los momentos de peligro.

Vió cargar las armas; rehusó dejarse vendar los ojos y en el momento de ser enfilado por los fusiles, dijo: —¡Soldados! ¡Librad el rostro, apuntad al corazón!

Sonó la descarga y el héroe—víctima de un momento de ambiciosa debilidad—cayó sin exhalar un gemido, oprimiendo entre sus manos los retratos de su mujer y de su hijo, que adornaron, durante su gloriosa vida, la empuñadura de su espada.

FERNANDO SOLDEVILLA

# LOS HORRORES DE LA GUERRA



LOS ÚLTIMOS MOMENTOS DE UN COMBATE

Dibujo de Espi



*Fran, Gazan delinea vit et sculp, B. 1689*





## LA VOZ DE LOS MUERTOS

DICEJO DE HUERTAS

Por fértiles campos discurro, camino  
de un verde pinar,  
de donde se admira el azul peregrino  
del piélago inmenso del mar.  
Aquí soy dichoso  
—¡cuán libre de penas  
en tardes serenas!—,  
y más cuando puesto al abrigo  
de un árbol añoso,  
los versos de algún vate amigo  
me brindan manjar deleitoso.  
Descanso muy cerca de un gran mausoleo  
cercado de viñas,  
almendros y hermosas campiñas,  
adonde á las veces  
dirijo el paseo;  
do sube el camino de un viejo Calvario,  
que acoge en cuaresma las preces  
de gente cristiana; lugar solitario  
del cual se contempla un abrupto paisaje  
poblado de grises peñones,  
do salta ligera la liebre salvaje.  
Marmóreos blasones  
adornan el ancho portal  
de aquella mansión funeral...  
¡Cuál suma elocuencia en su mudo lenguaje  
la fúnebre mole no exhala!...  
¡Cuál van á rendirse á la Muerte  
del pobre al magnate, del débil al fuerte!  
¡Cuál ella las cumbres y llanos no iguala!  
Muy cerca de aquel mausoleo,  
gozando el aroma de plantas opimas,  
yo leo  
las *Rimas*  
de Bécquer, un libro sublime  
que canta y que gime,  
que exhala suspiros de amores  
y amargas congojas;  
un libro que guarda en sus hojas  
las flores  
de un ramo marchito, que dióme fragante  
mi amada de joven,  
un día que al piano sentada  
le dije, anhelante:  
«¡Cuán dulce es Beethoven  
si tú le interpretas, mi amada!»  
¡Bendita la paz de los campos, bendita  
la humana existencia, si libre del tedio,  
que invade á las veces tras ansia infinita,  
deslízase en medio  
de paz tan profunda,  
burlando el embate  
de suerte iracunda,  
leyendo las *Rimas* del ínclito vate!  
De súbito el son de una esquila,



resuena en la tarde tranquila;  
de súbito en voz que perturba  
la paz de los montes y huertos,  
poblados de turba  
de gárrulas aves que dan sus conciertos  
en ramas floridas, yo canto  
—no digo,—los versos de Bécquer suaves,  
tan dulces cual trinos de mélicas aves,  
y entonces soy presa de espanto,  
que el eco repite en bancales desiertos:  
¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!  
ooo  
Mi voz se ha tornado muy débil, semeja  
mi voz una queja...  
Repito en voz fuerte  
los versos, y quedo temblando:  
de nuevo la Muerte  
los dice cantando...  
Cual déjase un ramo de flores  
el libro en mi rústico asiento  
de piedra he dejado... Percibo rumores  
d'el viento  
que sopla del mar,  
y gimen á par  
las cípricas ramas  
y el verde pinar.  
El libro me atrae; cual nunca desco  
quemarme en las llamas  
del genio del vate doliente.  
decir en voz baja sus rimas, enfrente  
del gran mausoleo;  
decirlas aquí, donde intensa palpita  
la madre Infinita,  
la madre Natura...  
Mi voz al principio murmura  
muy queda  
los versos, y vibra tan leda  
cual vago zumbido;  
ya es hondo gemido,  
ya voz de infeliz moribundo  
que luego se parte del Mundo...  
Atráeme el eco formado en la tumba...  
Mi voz nuevamente retumba:  
cantando las *Rimas*  
desciende á los llanos  
y sube á las cimas  
do clavan sus garras los corvos milanos  
y el águila bate en su vuelo caudal...  
Ya torno á la rima inmortal  
—sublime letrilla—  
de ideas profundas á par que sencilla—,  
y al punto responde la voz sepulcral  
vibrando por montes y huertos:  
¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!  
FRANCISCO DE IRACHETA

## NOTAS DE LA REALEZA



## La Emperatriz Isabel de Austria

El doble y reciente crimen de Sarajevo ha traído a la memoria, haciendo presentes por el breve tiempo que la actualidad concede al pasado, las sucesivas tragedias ocurridas en la familia del Emperador de Austria, decano hoy de los monarcas de Europa.

Al fijarse la mente en aquella suntuosa corte de los Habsburgos, fundada por Rodolfo de Lorena, cuya tradicional piedad se perpetúa en célebre lienzo, surgen poéticas y atractivas, por su belleza y virtudes, las figuras de soberanas y archiduquesas que ocupando distintos tronos, en diversas épocas, aparecen en la historia, casi siempre, cercadas de infortunios y desdichas. En aquellas vidas destacan imperantes, atrayendo o promoviendo la desgracia, causas iguales: la variación de las ideas, engendrando teorías disolventes, y el amor, la pasión excitada por la hermosura y los odios, en el temperamento dominante de la raza que, al exaltarse, produce el drama, venciendo las energías de sus víctimas o armando el brazo del crimen, que jamás logrará justificar ningún sistema. Y aunque estas terribles consecuencias sean peligros para todos semejantes, es indudable que la fatalidad persiste en determinadas familias con implacable constancia, hasta destruir por completo la felicidad mejor cimentada, dejando en el recuerdo de quien sufrió sus rigores un aroma de sacrificio y dolor, tan suave y tierno, como fuerte y embriagador pueda ser el del éxito y la gloria. Algunas veces la maternal providencia compensa, justamente, con risueñas infancias y felices juventudes, llenas de vigor y de ilusiones, esas existencias que más tarde han de apurar el sufrimiento, acumulando en sus primeros años energías y entusiasmos, cuyo valor demostrarán al avanzar la desgracia.

La última Soberana de Austria, la Emperatriz Isabel, hija del duque Maximiliano y de la duquesa Luisa de Baviera, disfrutó tal privilegio. En Possenhoffen, el romántico castillo de sus padres, situado a orillas del hermoso lago de Stornberg, cuyas ondas transparentes reflejan la frondosa belleza de las colinas inmediatas, rodeada de la ternura de una familia amante y numerosa, transcurrió la niñez de la Princesa Lizl, como era llamada entre los suyos. De viva inteligencia y educada en un ambiente de amor al estudio, adquirió fácilmente profundos conocimientos en las ciencias y en las artes, al mismo tiempo que sus activas aficiones adiestrábanla en los ejercicios corporales, nadando como una ondina y cabalgando cual gentil amazona. En el estío de 1855, Francisco José llegó a Possenhoffen y encontrando inesperadamente a la Princesa Isabel, a quien no veía desde niña, sor-

prendióse encantado de su belleza, siendo inútil que su madre, la archiduquesa Sofía, hermana de la duquesa de Baviera, tratara de convencerle para que eligiese a la hermana mayor la Princesa Elena, según tenían convenido ambas familias; obstinóse en su elección el joven y enamorado Emperador y la corona de Austria fué ofrecida a la Princesa Isabel. Concertada la boda, que había de celebrarse en la primavera de 1854, días antes de la fecha marcada la Princesa abandonaba Possenhoffen, acompañada de brillante séquito, dirigiéndose a Viena por la vía fluvial del Danubio. La travesía por el maravilloso río, «camino sin polvo» que llamó el poeta, fué un continuo triunfo; y la entrada en Viena y la ceremonia nupcial, sucesivas apoteosis mágicas y grandiosas, que el amor y el poder rendían a la hermosura y juventud de la nueva Soberana. Los primeros tiempos de su unión fueron felices; aquellas vidas, que habían de ser tan probadas, merecían aún todos los favores de la fortuna, como intervalo de justicia que la misericordia otorga a quien ha de sufrir el martirio.

Las dificultades internas y externas de un imperio tan complejo como Austria, por los distintos pueblos y razas que lo forman, no dejaron de inquietar aquella época con temores y amenazas. La guerra con Italia, aunque corta, fué motivo de contrariedades y disgustos, viendo la Emperatriz como resultado de la lucha, iniciarse la desventura en su familia con el destronamiento y destierro del Rey de Nápoles, esposo de su hermana Sofía. Mas todavía quedaban días gozosos; el nacimiento de sus hijos, con la esperanza de asegurar en ellos la sucesión de un trono que se consolidaba bajo el sabio y prudente gobierno del Monarca, eran prendas de dicha presente y futura.

Promulgada la constitución húngara en 1867, Francisco José quiso que la Emperatriz acompañándole, participara de su coronación como Rey de Hungría; ceremonia celebrada aquel mismo año en Budapest con fausto y riqueza imponderables, que con el amor inspirado por los soberanos al pueblo magyar en sus precedentes viajes y la tradicional y suntuosa pompa desplegada por los magnates, dieron al acontecimiento un triunfal esplendor fantástico y grandioso. A los pocos días, cual contraste trágico que a menudo ofrece la vida como enseñanza a sus idolatras, sufrió la familia imperial uno de los más rudos golpes que el destino cruel guardaba para ella. La revolución de Méjico y el fusilamiento de Maximiliano en plena juventud, amado con predilección por los suyos, arteramente sacrificado en nombre de una libertad siempre invocada por quien más la mancilla, y la muerte de su esposa,

la Princesa Carlota, que aún vaga inconsciente y desdichada en el castillo de Bouchoute, causaron consternación inmensa a la corte de Viena.

La Emperatriz perdió desde entonces la confianza en la seguridad de su dicha, apoderándose de su espíritu una extraña inquietud, y sólo cuando lograba vencerla, volvía a ser la brillante Princesa de los primeros años de su matrimonio. La visita de los soberanos de Francia a la corte austriaca y el interés por conocer a la emperatriz Eugenia, que como ella debía únicamente la corona al amor despertado por su belleza, distrajerón brevemente el mal; pero de nuevo amenazada, los médicos aconsejaron como remedio para la enfermedad los viajes, emprendiendo por esto la Emperatriz largos cruceros en su yate Miramar, en busca de calma y descanso. Creyó hallarlo en Corfú, y allí su alma de artista reconstituyó un hermoso palacio griego que habitó largas temporadas alternadas con sus estancias en Viena al lado de sus hijos, donde su amor y su deber la detenían siempre con deleite. Y en una de estas ocasiones, acaeció el terrible drama inesperado y misterioso de la muerte del archiduque Rodolfo, el hijo único en quien las esperanzas de todos se reunían, y cuyas excelentes cualidades prometían cumplida realidad en el porvenir. La desolación de la Emperatriz fué abrumadora; Corfú se abandonó, y sólo sus hijas y sus nietos lograban años después desvanecer, por momentos, su incurable tristeza.

Al celebrarse en Budapest las fiestas del milenario de Hungría, la Emperatriz se impuso el sacrificio de acompañar al Emperador; y un testigo presencial ha contado que, pálida, bella aún, enlutada, como lo estuvo ya mientras vivió, jamás podría expresar palabra alguna la impresión de hondo pesar que reflejaba su rostro y la emoción de compasión y respeto que su vista despertaba. Volvió a viajar para aliviar su padecer, y en una ocasión encontró a la Emperatriz Eugenia; ambas lloraban la ruina de su dicha, que fué muy grande, mas nunca tanto como era su dolor.

Antes de morir, aún sufrió un nuevo duelo: la duquesa D'Alençon, su hermana menor, días después de separarse de ella en París, moría abrasada en el bazar de la Caridad.

Y por fin ella, la mujer mártir, agobiada de penas, que sólo bien hacía con su ejemplo de resignación y piedad, es víctima inocente de uno de esos crímenes que la historia de nuestro tiempo ha de apuntar como baldón de la época y humillación y descrédito de la civilización actual.

LA ESFERA

# PÁGINAS ARTÍSTICAS



ESTUDIO, por José Ribera



## NUESTRAS VISITAS

## EL SULTAN MULEY-HAFFID

Tuve que esperar un gran rato. El Sultán, según me dijo una camarerita coqueta y charlatana, estaba almorzando y acababa de empezar. Había dado órdenes de que nadie lo molestara durante su yantar, que debía de ser abundante y succulento á juzgar por los repletos bandejones de comida que iban metiendo los camareros en su cuarto.

Yo encendí un cigarro y me puse á pasear lentamente por el amplio pasillo del piso primero del Palace.

Observé que concurría mucha gente á este

piso; muchos conocidos que pasaban por mi lado y me saludaban familiarmente. ¿Qué ocurría? Pronto lo iba á saber por labios del simpatiquísimo Duque de Tovar que llegaba, muy orondo, acompañado de su inseparable amigo Lago.

—¡Querido Duque!—exclamé, estrechando su mano.

—Amigo Audaz: ¿Qué hay? ¿Viene usted de verlos?...

—No; estoy esperando á que termine de almorzar.

—Pero ¿están almorzando?, ¿tan pronto?... ¡No es posible! ¿Ha visto usted qué bien estuvo el más chico ayer en Valencia?...

—¿A quién se refiere usted, Duque?...

—A los Gallos.

—¡Ah, á los Gallos!, y yo hablaba del Sultán, que es por quien voy á ser recibido.

—¡Ya! Pues, es muy amigo mío. Me conoce mucho por conducto de los Mannesmann. Dele usted recuerdos de mi parte; ya vendré yo á verlo. ¡Ah!, y dígame que si le gustaron los tres magníficos leones de Hamburgo que le regalé.

—¡Vaya un regalito!

Marchó el Duque y quedé solo. En uno de los ángulos esperaban también unos fotógrafos. Poco tiempo más. Acaso el necesario para conversar unos momentos con la rubia, gentil y rafaesca, Marquesa de la Plata, en cuyo album de viaje tuve que estampar mi firma, y debajo precisamente de la de *Joselito*. Hiceos cargo de mi confusión. *Joselito* y yo toreando á la limón. Cuando digna, alliva, angelical, desapareció la noble Marquesa, tras el caracol de la escalera, se acercó un camarero á decirme que su majestad Muley-Haffid me esperaba.

Lo seguí. Me crucé en el camino con tres morazos que abandonaban la habitación del Sultán. Eran bastos, recios y desgarrados; las chilabas de estambre se les caían por las espaldas. Llevaban las cabezas rapadas y sus andares iban acompañados de un *vaivén* bestial. La habitación de Muley-Haffid no estaba custodiada por esclavos como la de su hermano Abd-el-Aziz. Penetramos.

Frente á la puerta, sentado á usanza moruna, sobre un sofá, nos esperaba el Sultán. En pie, á su lado, permanecía un joven, rubio, vestido á la europea. Apenas Muley-Haffid se dignó contestar á nuestra reverencia. Antes de hablar nosotros nos dirigió la palabra el joven rubio de cabellos rizados. El Sultán le instaba en árabe y él parecía obedecer un penoso mandato.

—Yo soy el secretario y el intérprete de su majestad Muley-Haffid—comenzó diciendo el muchacho.

—¿Pero usted es europeo?—observé yo.

—Sí, señor; ¿no lo advierte usted? Soy madrileño. Pues bien; mi magnífico señor me dice que le prevenga á usted, señor Audaz, que ha leído el artículo que escribió usted sobre su hermano y que ha podido ver en él que es usted demasiado... curioso... vamos... demasiado... preguntón y que procure usted molestarle á él lo menos posible, sobre todo con preguntas que no sean discretas.

Te confieso, querido lector, que esto me desconcertó un poco; y un algo más la actitud sonriente con que el Sultán seguía las palabras de su secretario.

—¡Ah, caramba—re-puse, no dándome por aludido—es muy amable su magnífico señor!...

—Sí; muy simpático—abundó el secretario, con ingenuidad—, no tiene más que el genio muy fuerte.

—Bah, ¡eso será en Marruecos!—y variando





Muley-Haffid en sus habitaciones del hotel

FOTOGRAFÍAS OBTENIDAS POR CAMPÚA

de conversación, pregunté:—¿Sabe hablar español?...  
—No, señor. Lo entiende; pero no lo habla.

—¿Y francés?...  
—No, no habla más que árabe. Pero me advierte que su augusta voluntad es que todas las preguntas se las dirija usted á él, y yo le contestaré lo que su majestad me diga.

—Perfectamente—convine.  
Esperaba Muley-Haffid que comenzaran mis preguntas, y me examinaba con altanería y desconfianza. Yo, por mi parte, lo miraba con indiferente insolencia... Advertí en seguida que aunque físicamente son dos gotas de agua, Muley-Haffid, en el trato, es el reverso de su hermano

Abd-el-Azis. Dijimos que Abd-el-Azis es un gran señor. Muley-Haffid es un *gran moro*: déspota, dominador, descortés; su educación no fué refrescada por los aires europeos.

Ahora bien; tiene un soberbio tipo de Sultán bravío y sanguinario. De estatura elevadísima, cuerpo muy fornido, rostro altivo y bronceado—casi senegalés—. En sus ojos, muy grandes y negros, se advierte, tras su habitual expresión melancólica, un espíritu frío, cruel y perverso. Pero Muley-Haffid es, ante todo, guerrero; lo denuncian sus grandes manos que á cada instante buscan vanamente, en la cintura, el puño de la guma.

Ríe... ríe siempre, mostrando la verdosa den-

tadura, cubierta en sus picaduras por gotas de oro. ¡Ah! pero no te fíes de esta risa del Sultán. A mí me produce escalofríos. No es una risa sana; es una sonrisa páfida. Seguramente estaba su rostro adobado por esta suave risita, cuando presencié la muerte del Roghi en la jaula de las fieras.

Usa gran barba, como la endrina, crespa y rizada. Las vestiduras poco han de diferenciarse de las de su hermano; tal vez las de aquél sean más ricas. Muley-Haffid no luce ninguna joya.

—Señor—comencé diciéndole, después de tomar asiento frente á él—¿Tú eres mayor ó menor que tu hermano Abd-el-Azis?...  
—No sé— me contestó por boca del secretario.

—¡Cómo, majestad! ¿No sabes la edad que tienes?...—insistí yo asombrado.

—Sé la edad que tengo; pero no quiero decirte, y además, si en vez de estar aquí estuviéramos en Marruecos, ya te hubiera mandado á un calabozo.

Me aterró y proseguí fingiendo amilanamiento.

—¿Por qué, señor? ¿Cuándo incurri en tu cólera?...—

—Has de saber que en Marruecos es una grave ofensa preguntar la edad.

—¡Ah, sí! Pues perdona, señor;—repuse yo afectando sentimiento—pero aquí en España no ofende esa pregunta más que á las señoras. Ahora bien: como estamos en España y á mí me interesa saber tu edad, vuelvo á preguntártela.

—Y porque estamos en España te contesto. Tengo treinta y dos años.

—¿A qué obedece tu viaje?...—

—Al deseo de recrearme un poco y á la necesidad de tomar las aguas de Marmolejo, que me habían recomendado los médicos. Pero de allí he tenido que venir enseguida, porque la estancia era muy molesta; no tenía comodidades ningunas.

—¿Es la segunda vez que visitas España, verdad?...—

—Sí, la segunda.

—¿Te gusta, Señor?...—

—Si no me hubiese gustado no habría vuelto.

—¿Esperas ser recibido por nuestro Rey?...—

—Sí; esta tarde visitaré á vuestro Sultán.

—He leído en los periódicos que tienes el propósito de reunirte en ésta con tu hermano Abd-el-Azis. ¿Es cierto?...—

—No; no es cierto—rechazó rápido.

—Por lo que advierto, no hay las mejores relaciones entre tú y tu hermano.

—Ni las mejores ni las peores. El uno no debe existir para el otro; esta es la razón de que los dos nos creamos con el mismo derecho para una misma cosa. ¡El uno no existe para el otro! De mi superioridad en valor tuvo una prueba en Marrakésch, donde derroté sus tropas, yo al frente de las mías, y me proclamé Sultán.

—Pero á tí, Señor, te destruyó Muley Jusef.

—Mientes. Le dejé yo el trono. ¿Es que ignoras tú que en el momento que yo me levante en armas volveré á ser quien fui en Marruecos?...—

—Algo de eso tengo entendido, Señor; pero ¿tú aspiras á volver al trono?...—

—Esa es una pregunta necia; porque mira: cuando á uno se le cae de la mano una moneda, si es de plata se agacha enseguida á cogerla y si es de cobre se agacha más lentamente; pero el que se caiga no quiere decir que se renuncie á ella ni que sea de otro. ¿No es esto? A mí se me ha escapado de las manos el trono de Marruecos y como es mío, como me pertenece por mi descendencia del Profeta, volveré á poseerlo.

—Las palabras del Sultán eran firmes.

—Y dime, Señor, ¿qué vida acostumbrabas á hacer en Marruecos?...—

—A esa pregunta no contesto.

—¿Por qué, Señor?...—pregunté extrañado.

—Porque la vida que yo hago en Tánger la conoce todo el mundo y la parte que no conoce todo el mundo es la parte privada y esa, como comprenderás, no te la voy á confiar á tí.

Sonreímos Campúa y yo. El Sultán preguntó rápido, clavando en nosotros sus ojos de lince:

—Te sonríes, ¿por qué?...—

—Majestad, porque eres muy amable y muy simpático; da gusto tratarte; deben estar encantados tus esclavos y esclavas.

—Te advierto—me dijo Campúa en voz baja—que como sigas por ese camino este *gachó* nos va á echar violentamente del cuarto.

—Soy del mismo parecer—le contesté yo.

—¿Sí?...—siguió Campúa—Pues convendría hacerle las fotografías antes.

—¿Eh?... ¿Qué te dice ese?...—inquirió el Sultán sonriendo... siempre.

—Nada, Señor; me dice que desea hacerte unas fotografías. Una escribiendo, por ejemplo.

—No; nada de escribir. Podéis hacérmelas así, como estoy; pero no consiento que se hagan más de tres.

Comenzó Campúa su labor. Yo, entre placa y placa, continuaba preguntándole.

—¿Cuáles son tus aficiones predilectas, Majestad?...—

—La caza de fieras. También me gusta domesticar tigres y leones. Allí, en Tánger, poseo un pequeño parque zoológico.

—Tengo entendido que te agrada la poesía...

—Mucho—replicó con cierto énfasis—. Yo hago versos. Si me leyera vuestro poeta Villasespa, tendría más clara visión de la realidad árabe.

—Y el automóvil ¿te distrae?...—

—Sí; me encanta pasear en él, pero yo no lo conduzco ni lo entiendo.

Hubo una breve pausa. Campúa llevaba ya cuatro placas y el Sultán protestó.



Muley-Hafid, al salir del Palacio Real, de Madrid, después de la visita que hizo á Don Alfonso XIII el día 20 de Octubre. FOT. SALAZAR

—He dicho tres; no más que tres y ya me has hecho cuatro.

—No lo creas, Señor, no llevo más que dos.

—Bien; pues terminad ya y marcharos, que yo tengo mucho que hacer y sobre todo deseo quedarme solo.

Seguía sentado con las piernas cruzadas y movía con impaciencia los pies, calzados con medias de lana. Las sandalias doradas quedaron abandonadas en el suelo, ante el sofá.

—Nos marcharemos, Señor, en cuanto hablemos algo de la guerra europea.

—Yo, sobre eso, no te he de contestar nada. Es decir, te diré únicamente que lamento, como todo el mundo, la guerra.

—Tus simpatías, ¿por quién están?...—

—Esa pregunta me molesta.

—Pero, Señor, si se la hice idéntica á tu buen hermano y se dignó contestarla. ¿Qué de particular tiene que tus estudios ó tus aficiones ó tu amistad ó tu admiración te inclinen más á un lado que á otro? No creas, yo también tengo mis simpatías.

—Pero las tuyas no interesan á nadie.

—Ya lo sé; y por que las tuyas interesan quiero saberlas.

El Sultán meditó un instante. Después, con cautela y ladina diplomacia, repuso:

—Puedes decir que mi espíritu está con los franceses. ¡Tiene que ser así! Con ellos convivimos allá en África.

¡Oh! No era sincero. Continuó.

—Me extraña, Señor, esto, teniendo tan grande amistad como tienes con los Mannesmann.

—Y ¿quién te dijo que yo tenía amistad con los Mannesmann?

—Tu amigo el Duque de Tovar.

—¿Y quién es el Duque de Tovar?...—

—Señor; un grande de España que te regaló tres leones.

—¡Bah! Ni conozco á los Mannesmann ni al Duque de Tovar ni á mí me ha regalado nadie tres leones. Yo todas mis fieras las he comprado en Hamburgo con mi dinero.

—Y dime, Majestad magnánima, ¿qué opinas del protectorado francés y español en las zonas de Marruecos?

Esta pregunta movió todo el recio cuerpo del Sultán. Agitóse nerviosamente, pero sin apagar-se su sonrisita, contestó:

—Eso ya es asunto pasado y á las cosas que pasaron no se les puede decir más que *adiós*. ¿No es así?

Asentimos; él prosiguió:

—El protectorado se venía ejerciendo en África desde quince años antes que yo subiera al trono. Lo que ocurría es que estaba en gestación. Es decir, era un árbol que existía y se estaba robusteciendo. Durante mi reinado arrojó el árbol, desgraciadamente, las primeras yemas y ahora ya se está cogiendo el fruto maduro. ¿Comprendes, cristiano?

Comprendía. Lo que no me decían sus labios cárdenos lo adivinaba en su mirada azabachada.

Dudé antes de hacerle mi última pregunta. Al fin me decidí.

—¿Es cierto, Señor, que tú mandaste matar al Roghi?...—

—Es cierto. Lo mandé matar porque el Roghi era un bandido como el Raisuli. Con su muerte, que la quiso Alá, hice un gran bien á mi Imperio.

—Y ¿lo mandaste matar en la forma que se dice?...—

El rostro de Muley-Hafid se inmutó levemente.

—A ver—inquirió con despotismo—¿en qué forma se dice y quién lo dice?...—

—Yo no lo creo, Majestad, pero se cuenta; es decir, á mí me lo ha contado un servidor tuyo, que arrojaste al Roghi á una jaula donde lo esperaban tres leones; precisamente los que te había regalado el Duque de Tovar; que las fieras, en vez de devorar á su huésped, lo miraron con indiferencia; que entonces el Roghi, bravío y amenazador y sin aparentar miedo alguno ante las fieras, se abalanzó con ímpetu á los barrotes de la jaula tras de los cuales presenciabas tú regocijado el espectáculo, y afeó tu conducta, te desafió á entrar en el cubil, te llamó cobarde y negó que tú fueras el descendiente del Profeta; entonces tú, confuso y aterrado, iracundo y *desdeñoso*, ordenaste á tus esclavos que mataran al Roghi á balazos. Tus askaris te obedecieron. Esto cuenta la gente, Señor.

—Yo no lo creo, Majestad, pero se cuenta; es decir, á mí me lo ha contado un servidor tuyo, que arrojaste al Roghi á una jaula donde lo esperaban tres leones; precisamente los que te había regalado el Duque de Tovar; que las fieras, en vez de devorar á su huésped, lo miraron con indiferencia; que entonces el Roghi, bravío y amenazador y sin aparentar miedo alguno ante las fieras, se abalanzó con ímpetu á los barrotes de la jaula tras de los cuales presenciabas tú regocijado el espectáculo, y afeó tu conducta, te desafió á entrar en el cubil, te llamó cobarde y negó que tú fueras el descendiente del Profeta; entonces tú, confuso y aterrado, iracundo y *desdeñoso*, ordenaste á tus esclavos que mataran al Roghi á balazos. Tus askaris te obedecieron. Esto cuenta la gente, Señor.

—Yo no lo creo, Majestad, pero se cuenta; es decir, á mí me lo ha contado un servidor tuyo, que arrojaste al Roghi á una jaula donde lo esperaban tres leones; precisamente los que te había regalado el Duque de Tovar; que las fieras, en vez de devorar á su huésped, lo miraron con indiferencia; que entonces el Roghi, bravío y amenazador y sin aparentar miedo alguno ante las fieras, se abalanzó con ímpetu á los barrotes de la jaula tras de los cuales presenciabas tú regocijado el espectáculo, y afeó tu conducta, te desafió á entrar en el cubil, te llamó cobarde y negó que tú fueras el descendiente del Profeta; entonces tú, confuso y aterrado, iracundo y *desdeñoso*, ordenaste á tus esclavos que mataran al Roghi á balazos. Tus askaris te obedecieron. Esto cuenta la gente, Señor.

—Yo no lo creo, Majestad, pero se cuenta; es decir, á mí me lo ha contado un servidor tuyo, que arrojaste al Roghi á una jaula donde lo esperaban tres leones; precisamente los que te había regalado el Duque de Tovar; que las fieras, en vez de devorar á su huésped, lo miraron con indiferencia; que entonces el Roghi, bravío y amenazador y sin aparentar miedo alguno ante las fieras, se abalanzó con ímpetu á los barrotes de la jaula tras de los cuales presenciabas tú regocijado el espectáculo, y afeó tu conducta, te desafió á entrar en el cubil, te llamó cobarde y negó que tú fueras el descendiente del Profeta; entonces tú, confuso y aterrado, iracundo y *desdeñoso*, ordenaste á tus esclavos que mataran al Roghi á balazos. Tus askaris te obedecieron. Esto cuenta la gente, Señor.

—Yo no lo creo, Majestad, pero se cuenta; es decir, á mí me lo ha contado un servidor tuyo, que arrojaste al Roghi á una jaula donde lo esperaban tres leones; precisamente los que te había regalado el Duque de Tovar; que las fieras, en vez de devorar á su huésped, lo miraron con indiferencia; que entonces el Roghi, bravío y amenazador y sin aparentar miedo alguno ante las fieras, se abalanzó con ímpetu á los barrotes de la jaula tras de los cuales presenciabas tú regocijado el espectáculo, y afeó tu conducta, te desafió á entrar en el cubil, te llamó cobarde y negó que tú fueras el descendiente del Profeta; entonces tú, confuso y aterrado, iracundo y *desdeñoso*, ordenaste á tus esclavos que mataran al Roghi á balazos. Tus askaris te obedecieron. Esto cuenta la gente, Señor.

—Yo no lo creo, Majestad, pero se cuenta; es decir, á mí me lo ha contado un servidor tuyo, que arrojaste al Roghi á una jaula donde lo esperaban tres leones; precisamente los que te había regalado el Duque de Tovar; que las fieras, en vez de devorar á su huésped, lo miraron con indiferencia; que entonces el Roghi, bravío y amenazador y sin aparentar miedo alguno ante las fieras, se abalanzó con ímpetu á los barrotes de la jaula tras de los cuales presenciabas tú regocijado el espectáculo, y afeó tu conducta, te desafió á entrar en el cubil, te llamó cobarde y negó que tú fueras el descendiente del Profeta; entonces tú, confuso y aterrado, iracundo y *desdeñoso*, ordenaste á tus esclavos que mataran al Roghi á balazos. Tus askaris te obedecieron. Esto cuenta la gente, Señor.

—Yo no lo creo, Majestad, pero se cuenta; es decir, á mí me lo ha contado un servidor tuyo, que arrojaste al Roghi á una jaula donde lo esperaban tres leones; precisamente los que te había regalado el Duque de Tovar; que las fieras, en vez de devorar á su huésped, lo miraron con indiferencia; que entonces el Roghi, bravío y amenazador y sin aparentar miedo alguno ante las fieras, se abalanzó con ímpetu á los barrotes de la jaula tras de los cuales presenciabas tú regocijado el espectáculo, y afeó tu conducta, te desafió á entrar en el cubil, te llamó cobarde y negó que tú fueras el descendiente del Profeta; entonces tú, confuso y aterrado, iracundo y *desdeñoso*, ordenaste á tus esclavos que mataran al Roghi á balazos. Tus askaris te obedecieron. Esto cuenta la gente, Señor.

—Yo no lo creo, Majestad, pero se cuenta; es decir, á mí me lo ha contado un servidor tuyo, que arrojaste al Roghi á una jaula donde lo esperaban tres leones; precisamente los que te había regalado el Duque de Tovar; que las fieras, en vez de devorar á su huésped, lo miraron con indiferencia; que entonces el Roghi, bravío y amenazador y sin aparentar miedo alguno ante las fieras, se abalanzó con ímpetu á los barrotes de la jaula tras de los cuales presenciabas tú regocijado el espectáculo, y afeó tu conducta, te desafió á entrar en el cubil, te llamó cobarde y negó que tú fueras el descendiente del Profeta; entonces tú, confuso y aterrado, iracundo y *desdeñoso*, ordenaste á tus esclavos que mataran al Roghi á balazos. Tus askaris te obedecieron. Esto cuenta la gente, Señor.

—Yo no lo creo, Majestad, pero se cuenta; es decir, á mí me lo ha contado un servidor tuyo, que arrojaste al Roghi á una jaula donde lo esperaban tres leones; precisamente los que te había regalado el Duque de Tovar; que las fieras, en vez de devorar á su huésped, lo miraron con indiferencia; que entonces el Roghi, bravío y amenazador y sin aparentar miedo alguno ante las fieras, se abalanzó con ímpetu á los barrotes de la jaula tras de los cuales presenciabas tú regocijado el espectáculo, y afeó tu conducta, te desafió á entrar en el cubil, te llamó cobarde y negó que tú fueras el descendiente del Profeta; entonces tú, confuso y aterrado, iracundo y *desdeñoso*, ordenaste á tus esclavos que mataran al Roghi á balazos. Tus askaris te obedecieron. Esto cuenta la gente, Señor.

—Yo no lo creo, Majestad, pero se cuenta; es decir, á mí me lo ha contado un servidor tuyo, que arrojaste al Roghi á una jaula donde lo esperaban tres leones; precisamente los que te había regalado el Duque de Tovar; que las fieras, en vez de devorar á su huésped, lo miraron con indiferencia; que entonces el Roghi, bravío y amenazador y sin aparentar miedo alguno ante las fieras, se abalanzó con ímpetu á los barrotes de la jaula tras de los cuales presenciabas tú regocijado el espectáculo, y afeó tu conducta, te desafió á entrar en el cubil, te llamó cobarde y negó que tú fueras el descendiente del Profeta; entonces tú, confuso y aterrado, iracundo y *desdeñoso*, ordenaste á tus esclavos que mataran al Roghi á balazos. Tus askaris te obedecieron. Esto cuenta la gente, Señor.

—Yo no lo creo, Majestad, pero se cuenta; es decir, á mí me lo ha contado un servidor tuyo, que arrojaste al Roghi á una jaula donde lo esperaban tres leones; precisamente los que te había regalado el Duque de Tovar; que las fieras, en vez de devorar á su huésped, lo miraron con indiferencia; que entonces el Roghi, bravío y amenazador y sin aparentar miedo alguno ante las fieras, se abalanzó con ímpetu á los barrotes de la jaula tras de los cuales presenciabas tú regocijado el espectáculo, y afeó tu conducta, te desafió á entrar en el cubil, te llamó cobarde y negó que tú fueras el descendiente del Profeta; entonces tú, confuso y aterrado, iracundo y *desdeñoso*, ordenaste á tus esclavos que mataran al Roghi á balazos. Tus askaris te obedecieron. Esto cuenta la gente, Señor.

—Yo no lo creo, Majestad, pero se cuenta; es decir, á mí me lo ha contado un servidor tuyo, que arrojaste al Roghi á una jaula donde lo esperaban tres leones; precisamente los que te había regalado el Duque de Tovar; que las fieras, en vez de devorar á su huésped, lo miraron con indiferencia; que entonces el Roghi, bravío y amenazador y sin aparentar miedo alguno ante las fieras, se abalanzó con ímpetu á los barrotes de la jaula tras de los cuales presenciabas tú regocijado el espectáculo, y afeó tu conducta, te desafió á entrar en el cubil, te llamó cobarde y negó que tú fueras el descendiente del Profeta; entonces tú, confuso y aterrado, iracundo y *desdeñoso*, ordenaste á tus esclavos que mataran al Roghi á balazos. Tus askaris te obedecieron. Esto cuenta la gente, Señor.

—Yo no lo creo, Majestad, pero se cuenta; es decir, á mí me lo ha contado un servidor tuyo, que arrojaste al Roghi á una jaula donde lo esperaban tres leones; precisamente los que te había regalado el Duque de Tovar; que las fieras, en vez de devorar á su huésped, lo miraron con indiferencia; que entonces el Roghi, bravío y amenazador y sin aparentar miedo alguno ante las fieras, se abalanzó con ímpetu á los barrotes de la jaula tras de los cuales presenciabas tú regocijado el espectáculo, y afeó tu conducta, te desafió á entrar en el cubil, te llamó cobarde y negó que tú fueras el descendiente del Profeta; entonces tú, confuso y aterrado, iracundo y *desdeñoso*, ordenaste á tus esclavos que mataran al Roghi á balazos. Tus askaris te obedecieron. Esto cuenta la gente, Señor.

—Yo no lo creo, Majestad, pero se cuenta; es decir, á mí me lo ha contado un servidor tuyo, que arrojaste al Roghi á una jaula donde lo esperaban tres leones; precisamente los que te había regalado el Duque de Tovar; que las fieras, en vez de devorar á su huésped, lo miraron con indiferencia; que entonces el Roghi, bravío y amenazador y sin aparentar miedo alguno ante las fieras, se abalanzó con ímpetu á los barrotes de la jaula tras de los cuales presenciabas tú regocijado el espectáculo, y afeó tu conducta, te desafió á entrar en el cubil, te llamó cobarde y negó que tú fueras el descendiente del Profeta; entonces tú, confuso y aterrado, iracundo y *desdeñoso*, ordenaste á tus esclavos que mataran al Roghi á balazos. Tus askaris te obedecieron. Esto cuenta la gente, Señor.

—Yo no lo creo, Majestad, pero se cuenta; es decir, á mí me lo ha contado un servidor tuyo, que arrojaste al Roghi á una jaula donde lo esperaban tres leones; precisamente los que te había regalado el Duque de Tovar; que las fieras, en vez de devorar á su huésped, lo miraron con indiferencia; que entonces el Roghi, bravío y amenazador y sin aparentar miedo alguno ante las fieras, se abalanzó con ímpetu á los barrotes de la jaula tras de los cuales presenciabas tú regocijado el espectáculo, y afeó tu conducta, te desafió á entrar en el cubil, te llamó cobarde y negó que tú fueras el descendiente del Profeta; entonces tú, confuso y aterrado, iracundo y *desdeñoso*, ordenaste á tus esclavos que mataran al Roghi á balazos. Tus askaris te obedecieron. Esto cuenta la gente, Señor.

—Yo no lo creo, Majestad, pero se cuenta; es decir, á mí me lo ha contado un servidor tuyo, que arrojaste al Roghi á una jaula donde lo esperaban tres leones; precisamente los que te había regalado el Duque de Tovar; que las fieras, en vez de devorar á su huésped, lo miraron con indiferencia; que entonces el Roghi, bravío y amenazador y sin aparentar miedo alguno ante las fieras, se abalanzó con ímpetu á los barrotes de la jaula tras de los cuales presenciabas tú regocijado el espectáculo, y afeó tu conducta, te desafió á entrar en el cubil, te llamó cobarde y negó que tú fueras el descendiente del Profeta; entonces tú, confuso y aterrado, iracundo y *desdeñoso*, ordenaste á tus esclavos que mataran al Roghi á balazos. Tus askaris te obedecieron. Esto cuenta la gente, Señor.

—Yo no lo creo, Majestad, pero se cuenta; es decir, á mí me lo ha contado un servidor tuyo, que arrojaste al Roghi á una jaula donde lo esperaban tres leones; precisamente los que te había regalado el Duque de Tovar; que las fieras, en vez de devorar á su huésped, lo miraron con indiferencia; que entonces el Roghi, bravío y amenazador y sin aparentar miedo alguno ante las fieras, se abalanzó con ímpetu á los barrotes de la jaula tras de los cuales presenciabas tú regocijado el espectáculo, y afeó tu conducta, te desafió á entrar en el cubil, te llamó cobarde y negó que tú fueras el descendiente del Profeta; entonces tú, confuso y aterrado, iracundo y *desdeñoso*, ordenaste á tus esclavos que mataran al Roghi á balazos. Tus askaris te obedecieron. Esto cuenta la gente, Señor.

—Yo no lo creo, Majestad, pero se cuenta; es decir, á mí me lo ha contado un servidor tuyo, que arrojaste al Roghi á una jaula donde lo esperaban tres leones; precisamente los que te había regalado el Duque de Tovar; que las fieras, en vez de devorar á su huésped, lo miraron con indiferencia; que entonces el Roghi, bravío y amenazador y sin aparentar miedo alguno ante las fieras, se abalanzó con ímpetu á los barrotes de la jaula tras de los cuales presenciabas tú regocijado el espectáculo, y afeó tu conducta, te desafió á entrar en el cubil, te llamó cobarde y negó que tú fueras el descendiente del Profeta; entonces tú, confuso y aterrado, iracundo y *desdeñoso*, ordenaste á tus esclavos que mataran al Roghi á balazos. Tus askaris te obedecieron. Esto cuenta la gente, Señor.

# EL PAIS DE LOS VIKINGS

No había visto á Guillermo II más que en los retratos y las películas de cinematógrafo y le creía un hombre muy alto y muy elegante; así es que me sorprendió su escasa estatura y su aspecto vulgar. Es tal vez porque pude recibir la impresión sin que me deslumbrase la brillantez de su realeza. El Kaiser alemán se despojaba voluntariamente de ella para buscar todos los años unos días de libertad, de descanso, de vida sencilla, entre la placidez de los fiords y las montañas noruegas.

Es Balholm, en el Sognefiord, el lugar predilecto del veraneo del Kaiser. Allí estaba á últimos de Julio de este año, cuando recibió el telegrama que le anunciaba la ruptura de hostilidades entre Austria y Servia. Yo asistí á ese momento histórico de la partida del yate imperial, seguido de todos los cruceros y buques de guerra que el soberano tenía en aguas de Noruega, sin comprender la gran importancia y la suma transcendencia que los actos de aquel hombre delgado, insignificante, que paseaba por la playa como un buen burgués, escondiendo en el bolsillo su brazo corto, iban á tener en los destinos del mundo.

Creí que el hombre de gustos sencillos que impregnaba su espíritu en la grandiosa serenidad de la naturaleza de Noruega, había de ir animado de sentimientos humanitarios y pacifistas. Pero esta guerra, de grandes quiebras, ha sido también quiebra de ideales. Cada espíritu se asimila aquello que le es más afín. Guillermo II no ha sentido la égloga en la naturaleza noruega; ha sentido la savia potente y salvaje del país de los viejos Vikings.

El nombre de Viking se deriva de bahía y de conquista, de un verbo formado en el primitivo lenguaje noruego: *Vikinquer*, de *Vik* (Bahía) y *Kinquer* (pillar) *Pillar la Bahía*. Es decir, poner los cimientos para reposar, al amparo de estos remansos naturales que ofrece la inmensa roca noruega donde florecen sus ciudades.

Toda la historia heroica y brillante del país les pertenece. Vikings fueron sus reyes primitivos, Haroldo Haarfagre (el de la bella cabellera), que llegó al trono impulsado por el amor y la ambición de una mujer, que le obligó á ceñir corona para corresponderle. Jefes de armada de vikings fueron su hijo Erik (*el del hacha sangrienta*) y su nieto Olaf, que impuso por la violencia el culto del *Cristo Blanco*, hasta morir en descomunal batalla contra cinco reyes escandinavos, excitados por su propia esposa, á la que había abofeteado por no querer renunciar á su viejo culto.

La *Saga de los Reyes* hace descender á los emperadores de Rusia del escandinavo Rurik y de Rolf á los antiguos reyes de Inglaterra. Dice así:

«Rolf era un célebre viking tan grande y tan rudo, que ningún caballo podía llevarlo y tenía que ir siempre á pie. Por eso le llamaron *Gauge Rolf* (Rolf que camina). Un verano que pasaba en su bahía, se puso á dar órdenes y el Rey, muy irritado, declaró ante el *Ting* (reunión del pueblo) que pondría desde entonces la ley en toda Noruega.

Cuando Hilda, madre de Rolf, oyó esto, fué á buscar al Rey y á pedir el perdón de su hijo, pero el Rey no quiso ceder á sus ruegos. Entonces Rolf que *camina* se retiró á las islas del Sur (Británicas) y desde allí á Valland, donde dominó el país y fundó un gran ducado que pobló de normandos y se llamó después Normandía. El hijo de Rolf fué Villyam, padre de Richard, padre de Villyam Bastardo, rey de Inglaterra. Todos los reyes de Inglaterra descienden de Rolf y son también duques de Normandía.»



Estatua del célebre viking Frithjof, regalada por el Emperador Guillermo II á Noruega

Tal es la narración ingenua de la Saga. En otra de estas narraciones se inspiró el poeta sueco Tegnier, para escribir su poema épico de las hazañas del viking Frithjof y el rey Belo.

Esta Saga inspiró á Wagner para escribir su *Lohengrin* y el emperador Guillermo, se ha enamorado de tal modo del heroico viking que ha regalado á Noruega una de las estatuas más so-

berbias por su tamaño, que el mundo posee.

Se cuenta que el emperador de Rusia se rió de este regalo imperial y que el Kaiser le dijo:

—He querido rendir un tributo al héroe noruego que nos ha dado el Lohengrin alemán.

Tenía que ser así de enorme la estatua para armonizar bien con el sitio agreste y magnífico en que está colocada. Frithjof se destaca del fondo del paisaje sobre su alto pedestal, vistiendo el pintoresco traje del romántico Caballero del Cisne, en el mismo lugar donde se dice que la primera Ingerborg (más bien Iseo que Elsa en la ópera) lloró sus amores.

Se cuenta también que otro viking, Leif Erikson, descubrió el año 1000 las costas de América del Norte, cinco siglos antes de que Colón buscara el camino de las Indias.

Y todas estas leyendas y tradiciones ejercen una extraña sugestión en el espíritu. Sobre todo en los momentos en que se alzan como legitimadas y redivivas con los descubrimientos de los navíos funerarios, objetos reales y tangibles, que vienen á prestarles carne y autenticidad.

El último navío de vikings encontrado en las excavaciones de una granja, ha podido ser reconstruido cuidadosamente, gracias á la capa de arcilla azul que ha consentido su conservación. Lo mismo que los antiguos soberanos de Alemania se enterraban con sus caballos, los vikings se enterraban en sus navíos, sus *caballos del mar*, con todas las armas y los tesoros. El uso debía ser común porque este barco de Oseberg no es sepultura de un jefe ni un guerrero. Es sepultura de una mujer, cerca de la cual se han encontrado los restos de una pobre esclava, obligada á acompañarla en la tumba; y una multitud de objetos familiares, entre ellos su rueda y su telar. Desdichadamente la cámara funeraria, construída en madera al lado del mástil, había sido profanada y robados sus tesoros en época muy remota. Lo mismo sucede con los navíos funerarios encontrados en Thune y Gogstad. Sin duda expertos rateros, que ya no tenían á los dioses del paganismo, saquearon todos los túmulos que ofrecían señales de servir de sepulcro á los vikings.

Este navío de Oseberg, el mejor conservado y el más interesante, no parece por su forma ser un navío de navegación y de conquista; sino un barco de lujo, propio para navegar en las tranquilas aguas del fiordo, tiene una ancla pequeña, primera que se halla en estos barcos, y quince pares de remos, además de su vela cuadrada, característica de los pueblos escandinavos. La barra del timón no se ha encontrado. Enteramente construido en madera de encina, este navío ofrece una rara ornamentación; cabezas de dragones y quimeras que presentan una indiscutible influencia del arte oriental bizantino, y que abren un nuevo campo á la investigación. Este navío debe remontarse al año 800, es decir, que esas maderas colocadas hoy sobre su quilla en la moderna reconstrucción y que parecen el esqueleto de un buque en astillero, próximo á lanzarse al mar, han dormido bajo la tierra durante once siglos. Verdaderamente la emoción es obra imaginativa; se cree casi en un encantamiento y en que han de cumplirse las profecías, para que las olas vengan á buscar estas tablas y mecerlas de nuevo en su fiordos.

No es extraño que el Kaiser meciera sus ensueños napoleónicos en este país de grandeza, de recia savia heroica y supiera rendir á sus vikings en el popular Frithjof, un homenaje de guerrero.

CARMEN DE BURGOS (Colombine)



Célebre navío de un viking, encontrado en las excavaciones de un antiguo túmulo en una granja cerca de Oseberg

## RESIDENCIAS ARISTOCRÁTICAS

## EL CASTILLO DE LOS MARQUESES DE MONISTROL

En la fértil llanura del Llobregat, rodeado de jardines de ensueño, se alza un castillo señorial. Sobre una torre se destaca la bandera que es prágón de la estancia de sus dueños; y en el frente del edificio se ven las armas de los Escrivá de Romaní.

Cataluña, el admirable país de la vegetación floreciente, de las grandes fábricas, de las líneas de ferrocarril, tiene rincones de paz, algo como una tregua en su faena; tiene valles, poéticos como madrigales, montañas escarpadas, desnudas, aspectos incomparables de vida...

Torre Blanca está como en- garzada en un parque bellísimo: viejos árboles que forman bosques, estanques surcados por cisnes, campos de deportes, frontón, tennis, y el lago que rodea una isla bajo la cual está la gruta y en ella el embarcadero.

No faltan inmensas estufas donde se cultivan las plantas más extrañas; ni árboles frutales, ni pabellones que dominando los jardines permitan su contemplación.

El castillo, que viene de antiguo en la noble estirpe de los marqueses de Monistrol, es hoy de la marquesa viuda de este título, condesa de Alcubierre, de las más preclaras familias catalanas, Grande de España, dama de S. M. la Reina y tan admirable por su bella elegancia y distinción como por el talento que ha sabido desplegar para regir una de las primeras casas espa-

ñolas. A ella se debe la actual situación de este castillo, confortable, moderno en lo que la vida requiere, sin perder el sello de su historia, como se debe á ella el ambiente de arte que ha sabido imprimir á su palacio-museo, de Madrid, en la calle de la Luna.

El difunto marqués de Monistrol, tan caballero- so como inteligente, murió con el deseo de hacer nuevas obras en el castillo, y su viuda las ha realizado, ateniéndose exclusivamente á aquel

deseo. La entrada principal de la casa, conduce á lo que llaman el patio andaluz, decorado con azulejos de colores vivos y con un surtidor en el centro.

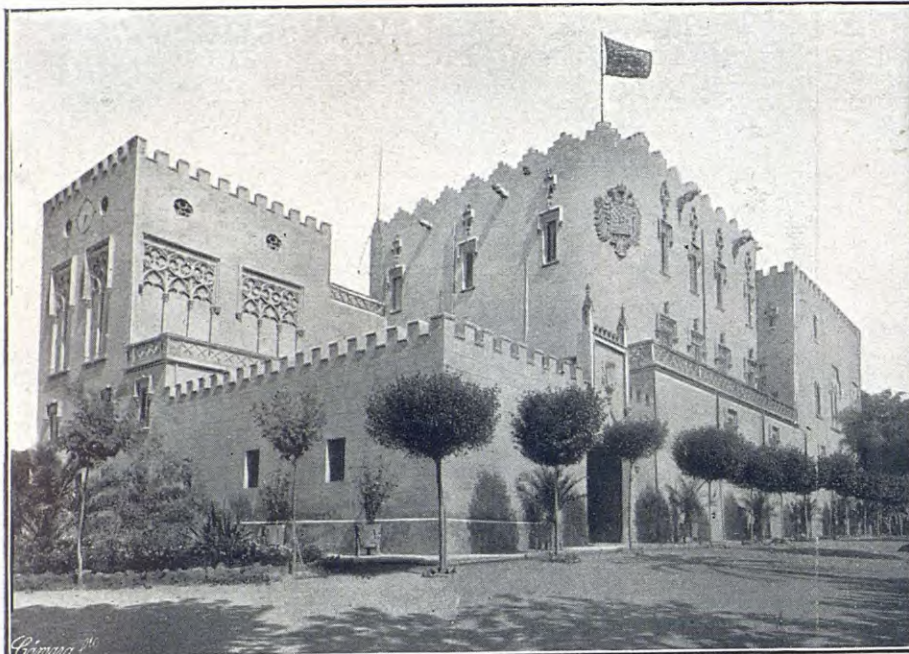
La escalera, de estilo gótico, como la casa toda, lleva á un gran recibidor donde se admiran bargueños de verdadera mérito. En este piso están los magníficos salones adornados con altas chimeneas, cuadros de valía como el de una Monistrol, un marqués de San Dionís y otros ilustres ascendientes; la sala china es alegre y está decorada con bambúes y tapicería apropiada; en esta pieza están el billar y las mesas de *bridge* ó tresillo.

La *serre*, inundada de luz y alegría, da acceso al soberbio comedor; pertenecen ya estas habitaciones á la ampliación del castillo.

El comedor tiene grandes ventanales que dan á los jardines y está decorado con el lujo que corresponde á tan grandes señores.

En él se reúnen siempre mas de veinte personas, pues á la condesa de Alcubierre y sus hijos los jóvenes condes de Sástago, los marqueses de Marbais, la muy linda María Escrivá de Romaní, cuya belleza perfuma la modestia, y el marqués de San Dionís, acompañan siempre en estas temporadas otoñales de campo, buen número de aristocráticos invitados, amistades íntimas de la familia de los Monistrol.

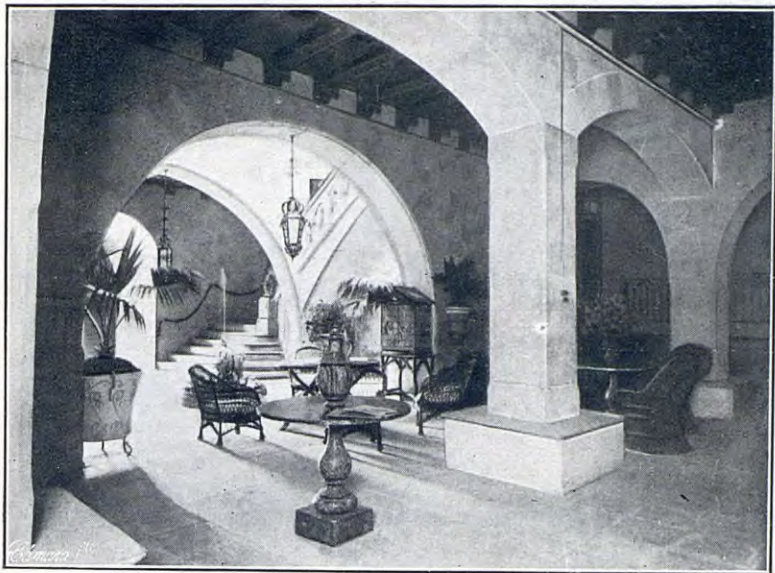
Las terrazas que permiten admirar el paisaje,



Vista general del castillo de los marqueses de Monistrol en San Feliú del Llobregat (Barcelona)



Pintoresca vista del lago en el gran parque del castillo



Hall y comedor del palacio de Monistrol en San Feliú del Llobregat

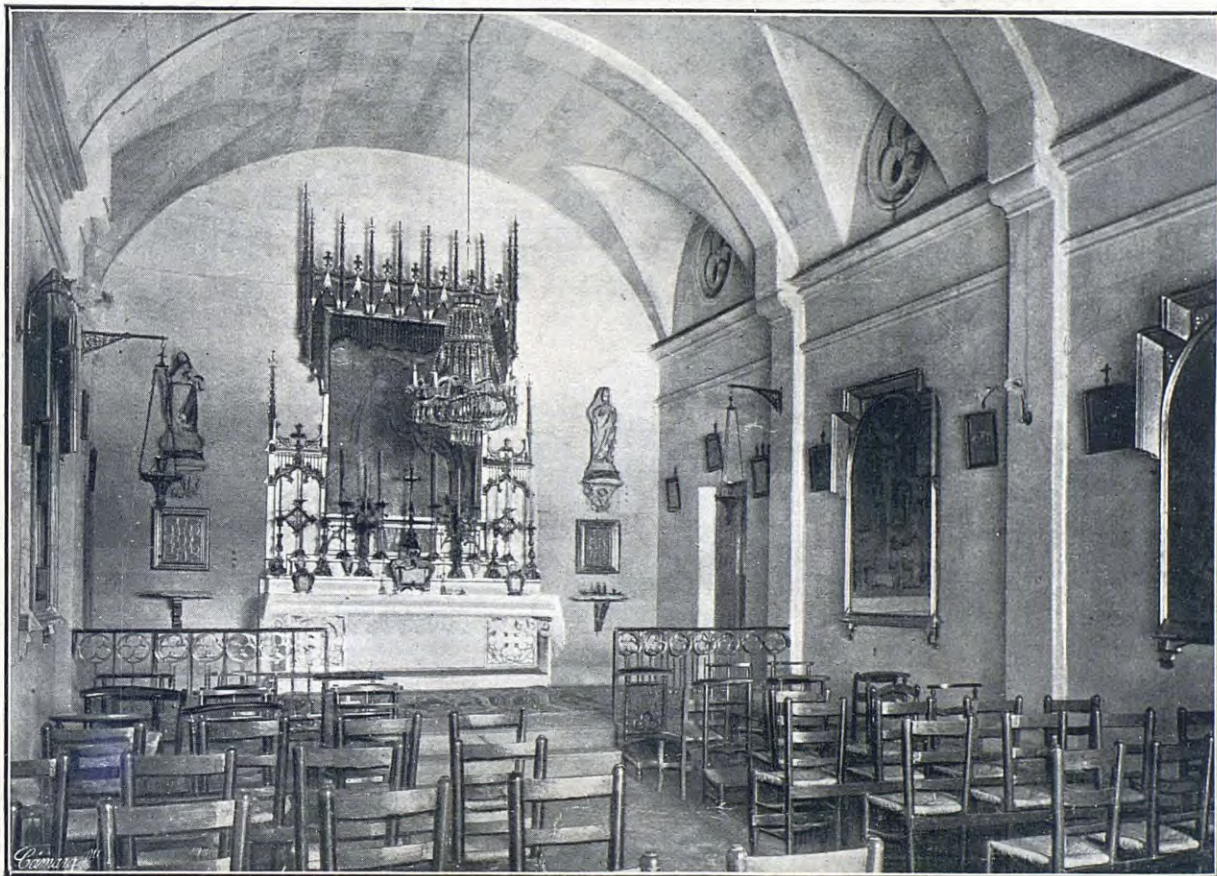
las habitaciones particulares, lujosas y provistas de todo detalle, la hermosa capilla donde se luce un maravilloso retablo de santa Ana, capilla en que oficia el respetable y simpático capellán de la casa D. Julián García Niño, todo es como pudiera idear la más fogosa imaginación.

En uno de los extremos de la finca están las dependencias, que constituyen casi un pueblo; en grandes pabellones se hallan instalados la sala de máquinas para elevación de agua, suministro de luz, etc., *garage* donde se encierran varios coches que por la tarde surcan las bellas carreteras en deliciosas excursiones; lavaderos, establo con seis hermosas vacas, un gran picadero con amplias tribunas, y más allá la sala de tiro al blanco, todo admirablemente acondicionado, como los galli-

neros, en que, como en una exposición, tiene cada raza su instalación coquetona, no faltando en esta verdadera granja la preciosa casa de los perros.

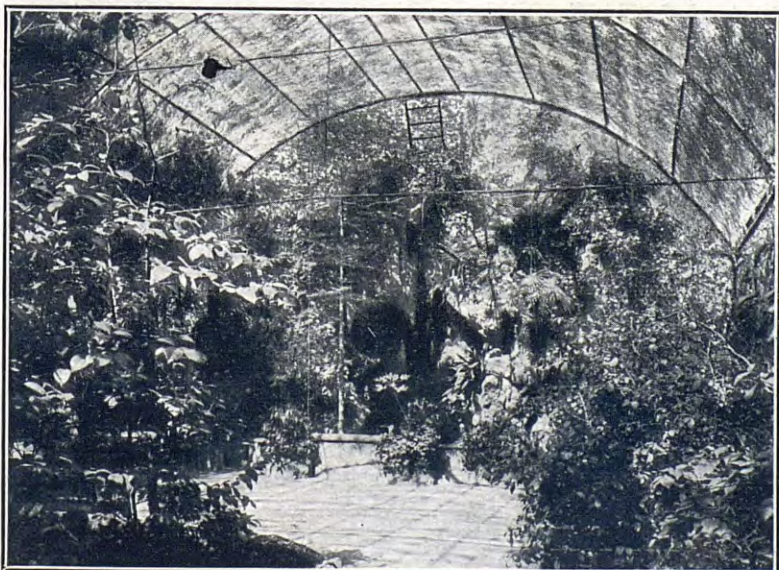
Torre Blanca está edificada en el rincón del ensueño; la guardan altas montañas y en ellas se estrella el eco de los martillazos de la industria que es vida en Barcelona; Torre Blanca es como una recatada doncella que no conociera otro mundo que el de estereotipo de pureza.

Y el cronista guarda con la gratitud de días felices pasados allí, el recuerdo imborrable de una noche de las Mercedes, en que, iluminadas con luces de color las almenas todas, llegaban como un eco apagado que viniera de muy lejos, los vítores, las aclamaciones de los aldeanos que ensalzaban á sus señores...



Capilla del palacio

M. DE LA CUESTA



Invernadero



Una glorieta del jardín

FOTS. BALLELL

# Especialidades de

## JOYERO Y RELOJERO INTERNACIONAL



Núm. 1.— Con 18 diamantes,  
Pesetas 40



Núm. 2.— Con 16 diamantes  
y 8 perlas, Pesetas 45



Núm. 3.— Con 18 diamantes  
y 2 rubíes, esmeraldas ó zafiros,  
Pesetas 50



Núm. 4.— Con 20 diamantes  
y 8 perlas, Pesetas 65



Núm. 5.— Con 18 diamantes,  
Pesetas 75



Núm. 6.— Con 20 diamantes,  
Pesetas 70



Núm. 8.— Con 28 diamantes  
y 2 rubíes, esmeraldas ó zafiros.  
Pesetas 80



Núm. 10.— Con 10 diamantes  
y círculo de rubíes, esmeraldas ó zafiros, (Ptas. 9)



Núm. 12.— Con 34 diamantes  
y círculo de rubíes, esmeraldas ó zafiros,  
Pesetas 100



Núm. 14.— Con 26 diamantes  
y 2 rubíes, esmeraldas ó zafiros,  
Pesetas 115



Núm. 15.— Con 30 diamantes,  
Pesetas 175



Núm. 16.— Con 22 diamantes  
y orla de rubíes ó zafiros  
calibrados, Ptas. 200



Núm. 17.— Con 24 diamantes  
sobre platino,  
Pesetas 250



Núm. 18.— Con 28 diamantes,  
dos perlas y orla de rubíes,  
esmeraldas ó zafiros,  
Pesetas 275

### PENDIENTES CON DIAMANTES FINOS

En Oro de Ley 18 quilates 18 K. sellado

Modelos clásicos



Últimas novedades

SE SIRVEN EN ESTUCHES :: SE GARANTIZA EL VALOR CON FACTURA

ENVÍOS POR CORREO á todas partes á quien remita el importe de su pedido (más UNA PESETA para certificado y seguro) en cheques, valores declarados, giro mutuo, giro postal, transferencias ó contra reembolso,

DIRIGIENDOSE A

**D. MODESTO LARGO ÁLVAREZ**  
DIRECTOR DE "EL TRUST" JOYERO Y RELOJERO INTERNACIONAL  
MADRID. Puerta del Sol 12, y Carmen, 1

APARTADO DE CORREOS 356

Cuentas corrientes con el Banco España, Banco Hispano Americano, Crédit Lyonnais.

ALMACÉN POR MAYOR Y MENOR :: CASA DE MODA  
SURTIDO INMENSO EN ALHAJAS FINAS Y RELOJES DE TODAS CLASES  
25 por 100 más barato que en las tiendas

Al hacer los pedidos indíquese: Anuncio núm. 393 L. E.